

2000
tor
amil

Mensaje a los niños



Colección Nosotros No. 34

Digitizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

I. F. #2



D

MENSAJE A LOS NIÑOS

Carátula y Dibujos:
Luis Gévez R.

SE HIZO EL DEPOSITO LEGAL - DERECHOS RESERVADOS

IMPRESO EN COLOMBIA - PRINTED IN COLOMBIA

Se terminó de imprimir este libro en Editorial Andes, el 22 de diciembre de 1976.

EDITORIA DOSMIL

Cra. 39A No. 15 - 11 Tel.: 69 - 48 - 00, Bogotá - Colombia.

Co
863.6
M67M12
Ej. 1

Co
B



OLGA MORALES DE GUZMAN
BERTHA GOMEZ GIRALDO

npr

MENSAJE A LOS NIÑOS

PRIMERA EDICION

Mar 6/13

ACCION CULTURAL POPULAR
BIBLIOTECA DEL CAMPESINO

COLECCION NOSOTROS No. 34

Esty

A1383317

INDICE

	Pág.
PRESENTACION	7
Tornasol	9
Los ojos	15
El abuelito dormilón	17
La inteligencia	21
Gilberto Canario	25
Las muñecas de Martha Lucía	29
El caracol	31
El apetito	35
El sol	37
El granito de polen	41
Las manos	47
El ratoncillo Dico	49
La fiesta de la madre	55
El reloj	59
Marina Azulejo	63
El lápiz y el borrador	71
Primer día de clases	75
El oído	81
La araña patitas	83
Tú eres vida	87
Juan y sus juguetes	89
Nonita	93
La cometa	99
El agua.	105
Las palomas del parque	109
Los abuelos	117
Betty, la niñera	119
El caballo triste	123

Presentación

MENSAJE A LOS NIÑOS no solo es un libro de cuentos es, también, una nueva forma de inculcar y de arraigar en el espíritu infantil los sentimientos, las virtudes, la utilidad y el valor de las cosas.

Cada cuento o, mejor, cada mensaje, tiene una finalidad específica: "Tornasol": relata, paso a paso, la metamorfosis de los insectos; "Los ojos": enseña su uso y el cuidado de ellos; "El abuelito dormilón": el cariño mutuo, la honradez; "La inteligencia": el cultivo de ella; "Gilberto Canario": la amistad, la fantasía infantil; "Las muñecas de Martha Lucía": enseña la obediencia, la laboriosidad; "El caracol": la voluntad de triunfar; "El apetito": el rechazo a la glotonería; "El sol": su belleza y su utilidad; "El granito de polen": la fecundación de la semilla; "Las manos": su empleo y sus cuidados; "El ratoncillo Dico": la colaboración familiar, la hermandad; "El reloj": el valor del tiempo; "Marina Azulejo": la obediencia, la constancia; "El lápiz y el borrador": el rectificar cuando hemos cometido un error; "El primer día de clases": el amor por

la escuela; "El carpintero": la utilidad de la madera; "El oído": su valor, su uso, su utilidad; "La cometa": la autoridad, la obediencia; "El agua": la vanidad, la modestia; "Las palomas del parque": las virtudes ciudadanas; "Los abuelos": ejemplos de la vida para seguir; "Betty, la niñera": la superación personal; y "El caballo triste": la vejez desprotegida y sola.

Esperamos que el libro, escrito por pedagogas de reconocido prestigio nacional, sea de gran utilidad como material de apoyo para profesores y padres de familia en la educación de sus hijos.

Atentamente,

EDITORA DOSMIL

Tornasol

Tornasol era una mariposa que había nacido en el jardín de la casa de Adriana.

Bajo una hoja de veranera roja estaban los numerosos huevecitos amarillos que había depositado allí mamá mariposa.

Un día reventaron en pequeñas larvas transparentes, como trocitos de hilo de nylon y desde ese momento se dedicaron a comer y a crecer.

Cuando les salieron las patitas redondas y ya eran orugas verdes, dijo una a su compañera, tocándola suavemente:

- Creo que ya se han ido muchas de nuestras hermanas.
- Y otras han desaparecido del todo, contestó la aludida, mientras dejaba escapar un pequeño suspiro, como de pesar. Es que han sido muy imprudentes y se han dejado ver del petirrojo, del gorrión y de los azulejos... Otras han muerto de frío, de calor o de hambre.

- Eso sí es muy grave, porque mientras uno tenga boca y viva en esta mata...
- Cállate, no te muevas... mira que acabó de llegar la golondrina.

Fueron pasando los días, las orugas siguieron creciendo y dispersándose poco a poco por el jardín.

- Miren, hijitos, qué bonita crisálida, dijo un día la araña Patas Largas, meciéndose con ellos en su red. Y les señalaba el extremo de una rama.
- ¿Quién la amarró allí?, preguntó uno de los pequeños.
- Se amarró ella misma.
- ¿Y quién la envolvió en ese ovillo?
- Se envolvió ella misma.
- ¿Y quién la va a sacar de allí?
- Saldrá ella misma, dentro de algún tiempo, contestó la araña.

La crisálida no oyó esta conversación porque se pasaba el tiempo dormida.

Una mañana hacía mucho calor y las ramas del naranjo habían amanecido sembradas de floreci-



tas blancas, de perfume exquisito, que se regaba por todo el jardín.

La luz del sol se metía a todos los rincones y bañaba totalmente las hojas y las flores.

La crisálida, que había pasado casi tres semanas en el capullo, sujeta a una rama y protegida por las hojas del naranjo, despertó al fin. Al abrir los ojitos, un poco saltones, recordó que era hora de abrir también la casita colgante.

Estiró con cuidado una a una las patas, ahora largas y resistentes, e hizo un pequeño orificio. La luz brillante de fuera la encandiló un poco. De

repente vio, dobladas, contra su cuerpo, cuatro alas y sobre su cabeza un par de antenas.

¡Todo su cuerpo había cambiado y ahora ella quería volar!...

Pero estaba tremendamente entumecida y cada vez que asomaba la cabecita, el sol le lastimaba los ojos.

Echó un corto sueño, despertó de nuevo y se sintió mucho más fuerte. Pudo abrir una ventanita más grande; varias veces ensayó salir pero no cabía. Estaba maravillada de su gran tamaño, de su rara forma; se dio cuenta de que había cambiado mucho... mejor dicho, había cambiado totalmente.

Al fin, con gran cuidado y mucho esfuerzo, sacó la mitad del cuerpo y colocó las patitas sobre una rama vecina.

El sol acabó de secarle las alas y ella comprobó con enorme alegría, que podía moverlas a su antojo. Mientras tanto, miraba complacida el jardín, lleno de luz y de calor. Así estuvo varias horas.

Con un pequeño impulso acabó de salir de la casita, que quedó vacía, meciéndose en el aire. Ella, la pequeñísima larva transparente, la humilde oruga verde, la gris crisálida colgante, era ahora una gran mariposa que se daba el primer baño de sol.

- ¿Qué tal, Tornasol?, le dijo una voz ronca, a sus espaldas. Era un viejo pulgón de traje oscuro, que le miraba inmóvil, sobre un tallito joven.

En este momento recordó que “ella” era Tornasol. De ese nombre había hablado mamá mariposa, cuando ella apenas era una larva recién nacida.

- ¿Cómo está usted, señor Pulgón?, contestó Tornasol sonrojándose levemente y moviendo sus antenas en señal de cortesía.
- Lindo día, ¿no le parece?
- Sí, señor. Está precioso... además... huele muy bien. Nunca antes había aspirado tan delicioso perfume.
- Y ¿Cómo había de aspirarlo si siempre mantenía su casa tan cerrada? Fuera de eso, solamente anoche reventaron los azahares; mírelos, qué bellos.

Tornasol miró con sus numerosos ojos y apreció la belleza del naranjo en flor.

- El sol seguía alumbrando y la mariposa se sentía muy a gusto recibiendo sus rayos tibios.
- Son preciosas sus alas, dijo el pulgón. Con justicia la llaman Tornasol.
- Es usted muy amable, dijo la mariposa y tímida pero coquetamente movió las cuatro alas.

El sol las seguía acariciando. Tornasol comprobó que su luz las pintaba de iris; entendió por qué la llamaban Tornasol.

Un rayito se quedó posado en ellas y le dijo al oído:

- Vuela, Tornasol, vuela.

La mariposa ensayó y ante la vista del pulgón y la admiración de los azahares, se fue elevando entre la luz, dando luego graciosos giros y posándose después de flor en flor.

+++

Los ojos

Albita:

Dios te dio los ojos. Tus ojos son azules, y azul es el cielo y el mar. Azules son también los ojos de "papito". Tus ojitos te sirven, a manera de ventanas prodigiosas, para asomarte al mundo y conocer sus maravillas.

¿Has visto cómo es de bello el mundo?

En él están papá y mamá, los hermanos y los parientes, los demás hombres y mujeres, los niños, los animales y las plantas.

Con tus ojos puedes ver el sol que calienta la tierra y da vida; el agua que cae del cielo y en gotitas de lluvia juega con las hojas, lava la cara de las flores y forma arroyos.

Con tus ojos ves cómo vuelan las aves y los aviones, y cómo se eleva la cometa roja de Jorge Francisco.

Ves el tren que pasa silbando, arrastrándose

velozmente como una oruga negra y gigantesca; repleta de gente que va muy lejos.

Tus ojos azules y hermosos, Albita, te permiten ver los árboles, las plantas, la frutas, las montañas, las casas, los parques, los caminos, las mariposas, los barcos.

Con ellos ves cómo el picaflor baila en el aire una danza milagrosa, mientras chupa la miel de las begonias. Cómo la golondrina llega veloz, como una flecha negra, y se introduce, sin equivocarse, al pequeño agujero del nido que hizo en el tejado.

Tus ojos te permiten apreciar el brillo de las estrellas del cielo, el color de los pétalos de las flores, la hermosura del rocío que en la noche deja perlititas sobre la hierba menuda, la dulzura de la mirada del abuelo, la espléndida belleza de la creación entera.

Pero... no dejes de mirar con tus ojitos azules, muy azules, lo que hay de triste en el mundo; el niño enfermo, el perrito que ha quedado cojo, el nido destrozado, la rama caída, la flor marchita, la hormiguita muerta, el pan arrojado al suelo, el hombre triste.

Cuida tus ojos, aprende con ellos la diaria lección de la vida, y mira mucho, mucho por todas partes... en todo momento, la belleza que te rodea.

+++

El abuelito dormilón

“El abuelo, cuando se duerme sentado, parece una estatua”, dijo Juan.

Se refería a que el abuelito se sentaba largas horas a recibir el sol, en su taburete de cuero, en el balcón de la casa.

La cabeza, sin un hilo negro, perfectamente blanca, brillaba con la caricia de los rayos del sol de la mañana.

Pensaba, pensaba...

Miraba a lo lejos... a las montañas azules, a los caminos rojos que las surcaban y no se sabía hasta dónde llegaban y dónde terminaban, a los aviones que pasaban cortando los aires con sus alas rojas y amarillas y metiéndose entre las nubes blancas, como jugando escondites; a los niños que corrían y gritaban abajo, en la zona verde, mientras el balón iba y venía una y mil veces.

Pensaba... en sus años mozos, cuando había sido arriero y había trajinado tantas sendas. Cuando

había conocido a María Mercedes, la agraciada joven campesina, plena de virtudes, con quien se había casado posteriormente y con quien había hecho un recorrido de cincuenta años y a cuyo lado había visto crecer a sus hijos y a sus nietos, hasta verla ahora, un poco ciega físicamente, pero con el alma constantemente iluminada y la mirada siempre infinitamente dulce.

Pensaba... en la brega de millares de horas en el surco (había sido luego fuerte labrador); en sus negocios en el pueblo natal, en las luchas de la ciudad, en los amigos ausentes, en el hijo muerto prematuramente.

Pensaba... en el porvenir de sus nietos, que como ramitas nuevas de un árbol añoso, lucían el verdor de su lozana vida.

Pensaba... en las constantes travesuras de Francisco Javier, en el accidente de Robertico, en la muñeca sin brazos de Luz Inés, en los dibujos de Rosita...

De pronto, no obstante ser tan temprano, los párpados se le iban haciendo pesados y una somnolencia le iba invadiendo, hasta cerrarlos del todo.

La cabeza caía un poco sobre el pecho y por largos ratos el abuelo se quedaba completamente inmóvil. Era así como lo miraba, extasiado, Juan.

Era así como se paraba a su lado, evitando todo ruido, todo movimiento que pudiera despertarlo.

Y cuando los pajaritos del cielo venían a posarse en las matas verdes del balcón, y cuando el picaflor llegaba a visitar a las flores que a pocos centímetros de la cabeza blanca del abuelo le ofrecían la dulzura de su miel, y cuando los cucaracheros pequeños e inquietos revoloteaban sobre los brazos del viejo, para tomar los granitos de azúcar que él les colocara cerca, en una tablita labrada, Juan era otra estatua. Embelesado miraba al abuelo, embelesado contemplaba los pajaritos y embelesado se preguntaba si el abuelo de veras estaría dormido o si su posición sostenida sería otra de las bromas con que gustaba divertirse.

+++

La inteligencia

Cuando regresaban ayer del paseo los de la casa de Federico, éste se detuvo frente a una granja, donde unos labradores removían la tierra, con azadas.

- ¿Qué están haciendo, papá? Preguntó el niño.
- Están cultivando la tierra, dijo el papá.
- ¿Y qué es cultivar? Preguntó el niño.
- Es abonar la tierra, sembrar la semilla, cuidar las matas para que no les den plagas y recoger luego las cosechas.
- ¿Con qué la abonan?
- Con sustancias que la vuelvan fértil.
- ¿Cómo siembran las matas?
- Echando cuidadosamente la semilla que han cogido, por ser buena; los mejores granos, los más sanos.

- ¿Cómo las cuidan?
- Cuando han brotado las maticas, las vigilan para que no se llenen de parásitos, para que junto a ellas no crezcan hierbas malas, para que no les falte el agua.
- ¿Y con todos esos cuidados tienen que coger buena cosecha, verdad, papito?
- Sí, hijo mío. Cuando la tierra es buena y la mática se cuida, da buenas cosechas.

Por la noche el niño oyó hablar de la inteligencia y corriendo fue a buscar al papá, para preguntarle:

- ¿Papito, qué es la inteligencia?
- Es como una plantica que Dios puso en el alma de los hombres, para que crezca y dé buenos frutos.
- ¿Y hay que cultivarla, como el granjero cultiva sus matas?
- Naturalmente. Hay que cultivarla, cada día, toda la vida, pero especialmente cuando se es pequeño, como tú.
- ¿Con qué se cultiva la inteligencia?
- Con el sentido, con el estudio, con la lectura, con la observación, con la investigación.
- ¿Pero es cierto que hay unas inteligencias mejores que otras?

- Sí, hijo mío. Hay diversos grados de inteligencia. Por eso has oído hablar de personas de inteligencia superior, de inteligencia brillante... en fin. Pero todas las personas somos inteligentes y todas debemos cultivar la inteligencia que Dios nos dio.
- ¿Y qué pasa a quien cultiva mejor su inteligencia?
- Como el granjero que cultiva con más esmero sus maticas, coge mejor cosecha para sí y para los demás.
- Entonces, yo voy a ser muy estudioso siempre, para que la inteligencia que Dios me dio dé los mejores frutos, dijo Federico, y se fue a dormir después de despedirse del papá, porque estaba cansado del paseo del día.

+++

Gilberto Canario

Gilberto Canario acababa de bañarse en su jaula dorada.

Todas las mañanas llegaba Laurita, linda niña de siete años, a cambiarle el agua, a asear la jaula, a traerle ricos manojitos de alpiste fresco.

Era parlanchina y había aprendido a interpretar el lenguaje de los canarios en prisión.

Por lo mismo, lo llenaba de mimos, le contaba muchas cosas, recostaba su carita en los alambres dorados, extendía su manecita para que el pájaro se posara en ella y hasta hacía con él pactos de honor. Le abría la jaula por cierto tiempo, el suficiente para que volase al patio y al corredor interior, y luego retornase a su celda de alambres dorados.

- Gilbertico, ¿cómo amaneciste?, le preguntaba, mimosa.
- El pajarito estregaba suavemente su cabeza diminuta sobre los alambres del frente. Esto quería decir:

- Muy bien, Laurita ¿y tú?
- Muy bien. Tuve lindos sueños anoche, me levanté temprano y ahora me dispongo a ir a la escuela.
- ¿Y no quieres contarme tus sueños?, decía junto al oído de la niña la voz de Gilberto Canario.
- Con mucho gusto, Gilbertico, córrrete bien cerca para que solamente tú oigas. Y era que Laurita no gustaba de que la lora Jacinta los oyese porque era un poco tonta y muy chismosa.
- Soñé que tenía alas y volaba por la nubes. Tú ibas cantando a mi lado. Llegamos al país de las



maravillas, donde había muchas flores, perfumes, luces de todos los colores y una hadita que me prestó su lindo manto y su varita mágica...

- ¿Y qué hiciste tú, con la varita mágica?
- Te convertí a ti en un lindo príncipe. Solamente se parecía a ti en que sus ojos también eran negros...
- Y luego... ¿qué pasó?, dijo Gilberto Canario, un tanto tímido...
- Pues verás. Fuimos al país de los reyes y tu padre, el rey, nos dio una linda mansión para vivir, porque ya en el país de las hadas nos habíamos casado. Fuimos muy felices, tuvimos muchos hijos y un lindo canario como tú.

Al llegar a este punto, terminó la conversación porque la lora, que también era envidiosa, se había acercado y Laurita no quería que ella oyera. Se despidió de su amigo y corrió a arreglarse para ir a la escuela.

+++

Las muñecas de Martha Lucía

Martha Lucía tiene tres muñecas: la mayor es lujosa, española, grande y de pasta rosada. Tiene ojos azules, cabello rubio, vestido rojo, delantal blanco y zapatos negros, con una hebillita color de oro. Sabe llorar y dice “mamá”...

Martha Lucía la ha bautizado con el nombre de Rosita y le tiene una cama grande, con colchas, sábanas y cojines que ha tejido la abuelita. También la abuelita es quien hace los vestidos nuevos para todas ellas.

Otra es de caucho, color crema, de ojos y cabellos cafés oscuros y va vestida de color verde... Se llama Ana María y Marthica dice que en ocasiones es desobediente... que come poco y no se toma la aspirina contra la gripa, que a veces riñe con sus hermanitas y que siente pereza de ir a la escuela. La mamá, que es Marthica, se pone triste y conversa mucho con Ana María para que cambie de actitud.

La otra muñeca es Carmencita. Es la más pequeña y es de color del chocolate, casi negra... Tiene

un par de trenzas que Marthica hace y deshace todo el día y adorna con cintas de colores.

Va vestida con blusa blanca y falda azul y aunque trabaja mucho no tiene aún delantal... va descalza y Marthica dice que es muy buena; que obedece siempre y ayuda mucho en la casa... Carmencita tiene escoba y sabe barrer; tiene estufa y vajilla y sabe cocinar; tiene una pequeña máquina y sabe coser y bordar; nunca está de mal humor como Ana María ni es mimada y orgullosa como Rosita.

Pero hay otras cosas que hacen muy feliz a la mamá de estas muñecas: Carmencita sabe abrir y cerrar los ojos, que son grandes, dulces, negrísimo y con unas pestañas inmensas y sedosas... y por sobre todo, cuando la mamá la acuesta a dormir, Carmencita, la muñequita pequeña y negra, sonríe, da un beso a la mamá y le dice al oído:

- Hasta mañana, mamita, te quiero mucho... esto, por lo menos, es parte de lo que cuenta Marthica, sobre la hermosa vida de sus tres muñecas.

+++

El caracol

Horacio —dice la fábula— era un niño a quien le costaba mucho trabajo aprender. Mientras sus compañeros llevaban siempre bien las lecciones e iban conociendo las letras que la maestra enseñaba, Horacio se iba quedando atrás, no podía aprender con igual prontitud.

Un día salió muy triste al patio de la escuela y vio al caracol que subía por una altísima pared. Se puso a observarle y vio como, aunque tan lentamente, el animalito no se detenía.

Entonces, pensó: así como el caracol va a subir lentamente a lo alto de esta pared, así yo puedo aprender a leer, aunque me cueste mucho trabajo.

Y se dedicó con mayor empeño a sus lecciones, repitiendo, corrigiendo, repitiendo de nuevo, hasta que su lección de cada día quedaba bien. Cuando el caracolito subió a lo alto de la pared, Horacio sabía leer.

Esta fábula nos habla de una cualidad muy grande que tenía Horacio: la gran voluntad.



Todos los hombres que triunfan en el mundo son hombres de gran voluntad; los científicos, los artistas, los astronautas, en fin, todas aquellas personas que se proponen una empresa y la logran aunque les cueste mucho trabajo, aquellas que no se desalientan por los fracasos, son hombres y mujeres de una gran voluntad.

Cuando una persona es así, se dice de ella que tiene una voluntad de hierro, es decir, que su voluntad no se dobla, no se quiebra, que permanece firme a través de golpes y de fracasos. Los niños adquieren gran voluntad cuando aprenden desde el hogar y la escuela a cumplir con sus deberes, aunque se les hagan un poco pesados, un tanto difíciles o fastidiosos.

Para adquirir una voluntad de hierro hay que obligarse desde temprana edad a no dejarse llevar de la pereza, del desaliento o a no dejar las cosas a medio hacer.

Los deberes se cumplen a cabalidad y cada día en mejor forma.

Así, lo que en comienzo parece imposible como parecía imposible que el caracolito subiese a lo alto del muro, resulta terminado, con gran satisfacción de quien se obligó a hacerlo, como Horacio, cuando se obligó a aprender a leer.

+++

El apetito

La mamá de Jorgito acabó de llamarlo a comer. El niño contestó, frente a la televisión.

- No quiero comer, mami.
- ¿Por qué no querrá comer Jorgito?...

La mamá es hacendosa y ella misma preparó una rica sopa, una deliciosa ensalada y una sabrosa carne.

¿Por qué no querrá comer Jorgito?... Hace mucho rato vino del colegio. Son las seis de la tarde y el almuerzo fue a las once de la mañana.

Además, Jorgito no está enfermo. Cuando los niños enferman, pierden de inmediato el apetito.

El papá es pobre, pero como es honrado y trabajador, puede sostener decentemente su hogar, sin que nada sobre, pero sin pasar necesidades. A la mamá no le agrada que sus hijos dejen la comida, porque dice que es cara y que para conseguirla papá tiene que trabajar duro.

- Ven, hijito, a comer.
- No quiero, repite Jorge, sin tomarse el trabajo de ir al comedor donde está esperando la mamá.
- Mira que se va a enfriar. Ahora sigues viendo la televisión. Ven a comer.
- No quiero, mami, y no me llames más, grita Jorge desde la silla donde está sentado.

La mamá recoge los cubiertos, toma de nuevo las viandas y vuelve a la cocina. Y Jorgito permanece tan tranquilo.

- ¿Por qué no querrá comer?...

Porque se pasó la tarde comiendo golosinas y cuando llegó a casa se atragantó de dulce. Entonces, la rica sopa, la ensalada, la carne y la leche no cuentan para él. Con razón que está delgado y pálido y con razón que sus dientes empiezan a mostrar caries.

- Con razón que en ocasiones sufre diarreas y a veces le provoca trastocar. Es malo que Jorgito y otros niños dejen la comida que prepara la mamá, que es nutritiva y sabrosa, que les hace crecer sanos y robustos, por volverse, como los animalitos, glotones insatisfechos de golosinas que les quitan el deseo de comer en casa y que no les alimentan.

+++

El sol

Luis Fernando

Vamos a hablar del sol. El maestro te dijo que el sol es una estrella grande, muy grande, pero no de las más grandes que existen. Se encuentra a unos ciento cincuenta millones de Kms de la tierra y su luz tarda ocho minutos para llegar a nosotros.

Esto quiere decir que el sol, aunque lo vemos tan lejos, está relativamente cerca de la tierra, si le comparamos con otros astros.

Pesa 300.000 veces más que la tierra. Su luz es deliciosa, clara y brillante y nos da vida. Pues bien. Ya sabes que el sol es un gran amigo del hombre, es un gran amigo de los niños.

Cuando brilla, el mundo es más hermoso, tiene más luz y mayor calor. Con sus rayos amarillos, el sol pinta de mil colores la carita de las flores, de verde las hojas, de azul las montañas y el mar, de mil tonos distintos la naturaleza entera. Cuando brilla, los animales del campo están contentos y

juegan con los árboles, encuentran comida, y conversan entre sí, de rama a rama, los pajaritos ensayan sus más lindas canciones y las nubes grises se vuelven blancas, azules, rojas y amarillas, con bordes de oro y formas fantásticas, como si las tocara con su varita mágica el hada de los espacios infinitos.

Cuando brilla el sol, ya te dije antes, el mar está alegre y muy azul, la piel de los pescadores luce más brillante, las velas de sus barquitos y las alas de las gaviotas están más blancas.

Los peces recorren más de prisa las profundidades de las olas y sus escamas tienen brillos de plata.

La tierra recibe sus rayos y los guarda con mucho cuidado, para devolverlos luego en forma de naranjas, manzanas, trigo, lirios, eucaliptos, azucenas y pepinos, abetos y margaritas.

Con su luz y su calor, el sol sostiene millares de vidas de hombres, animales y plantas.

Cuando hay sol, Luis Fernando, la abuelita está contenta porque no le duelen los huesos y porque en el balcón de su apartamento recibe su agradable visita dorada.

Cuando hay sol, los trabajadores del campo pueden arrojar la semilla, cortar la espiga, recoger el grano, silbar y cantar en el surco, hacer sus casas de barro y guaduas, mandar sus hijos a la escuela por los caminos amarillos y largos.

Cuando hay sol, las aguas de las fuentes son más cristalinas y cantan más hermoso. Hay mayor actividad en la ciudad, sonríen más ampliamente los obreros que hacen rascacielos y se balancean más graciosamente sobre los andamios de tablas y cemento.

Cuando hay sol, las tristezas de los hombres se hacen menos densas y las alegrías de los niños más radiantes.

+++

El granito de polen

Tin era un granito de polen.

La flor acabó de abrir durante la noche, que fue serena y fresca. La protegían las hojitas verdes llamadas sépalos y pendía de una rama alta y robusta.

Cuando el sol la visitó, esa mañana, le dijo:

- Buenos días, Inesita Durazno. ¡Qué bellos resultaron sus colores y qué tersos sus pétalos!...

¿Cómo está usted?

- Muy buenos días, señor Hilos de Oro, contestó la flor. Me encuentro bien, me siento fértil y estoy feliz, muy feliz.
- ¿Y se podría saber a qué obedece tanta alegría?
- Al solo hecho de haber nacido. La vida es un regalo maravilloso que Dios nos hace y más si se nace como yo, Flor de Durazno.

- ¿Y qué es lo que más le ha gustado de este mundo, hasta el momento?
- El canto de los pájaros que han venido esta mañana y ahora su visita, señor Hilos de Oro.
- Es mi deber, que cumplo con verdadero gusto, porque es usted, realmente, muy hermosa. Y ahora, permítame alejarme un poco porque voy a saludar a las otras flores nuevas.

Por la noche vino la lluvia, menuda y fina, que refrescó a Inesita Durazno de los ardores del día. Hablaron del árbol, de las estrellas, de las nubes y del río. Cuando, finalmente, la lluvia le contó algunas historias del mar, la florecita sintió mucho asombro, casi un poco de temor, aunque no se preocupó luego porque pensó que jamás podría conocerlo.

Al amanecer llegó el viento y también se mostró muy amable y cortés. Cuando se despidió, algunas hojas dijeron en voz baja a la flor.

- Cuidate de él. A veces tiene unas bromas muy pesadas; en ocasiones se enoja y sopla con furia. Entonces tendrás que sostenerte fuertemente de tu rama... mejor dicho: es de poca confianza... puede arrancarte o dejarte sin uno solo de tus pétalos de colores...

Era la primera noticia dolorosa que conocía. En ese momento volvió a cantar la alondra y la flor levantó su cabecita rosada para oír mejor.

Más tarde se puso a contemplar el cielo.

Le pareció que estaba muy distante, pero estuvo de acuerdo con unas arañitas que decían:

- Hoy está muy azul. No hay una nube, a excepción de aquella, blanca, que parece un ángel con las alas extendidas.

Ya el sol estaba muy alto y ya habían aparecido algunas nubecitas doradas cuando Inesita Durazno alcanzó a divisar, protegida por un cruce de ramas, una canastilla de hierbecitas y lana. La vacuita de San Antonio, que pasaba en ese momento y la vio embelesada, le contó que era un nido, es decir, la casa de una pareja de azulejos que empezaban a empollar sus huevos.

Se hizo, en breve tiempo, amiga de todos los habitantes del árbol viejo y de corteza arrugada: la libélula azul le contaba todas las mañanas historias acaecidas en la charca vecina; las mariposas le narraban aventuras de otras flores y por la noche el grillito Cricri le daba largas serenatas.

La seguían visitando el sol y la lluvia.

El tallo le subía ricos jugos que le enviaba la raíz, profunda y escondida.

Una mañana muy clara, la flor contempló algo que nunca había visto. Era tanta su belleza que le pareció increíble: muy cerca a ella, rozándola

casi, un manojo de colores danzaba graciosamente, sostenido en el aire. Era el colibrí Alas de Iris.

De pronto se detuvo un segundo y le dio un gran beso. Ella se sintió turbada, pero la libélula le dijo:

- Vendrá otras veces por tu miel... no te dejes engañar.... Inesita Durazno.

Entre tanto, la flor no había tenido tiempo de contemplar su propia belleza. Miró sus pétalos, uno a uno, y vio que eran suaves, de un rosado tenue y de una forma maravillosa.

Se le antojó que eran los muros de una casita en miniatura, porque al fondo había un aposento diminuto cuyas paredes interiores eran tibias y tapizadas por una alfombra de vellitos delicados, casi imperceptibles. En este aposento vivían los óvulos y a él se bajaba por un corredor o pasadizo estrechísimo que en su parte superior terminaba en una torrecita oscura y viscosa. Alrededor de este tubito o pasadizo, de color blancuzco, se alzaban muchas columnas o pilares pequeñísimos, de color del mármol. Cada uno terminaba en un cojín lleno de polen. Se llamaban los estambres.

Asombrada, elevó sus ojitos al cielo y bendijo a Dios que la había hecho tan perfecta.

Según supo más tarde por una flor vieja y vecina, todo el conjunto formado por el aposento interior, el pasadizo y la torrecita recibían el nombre

de carpelo y era la parte que ella debía proteger con más cuidado.

Un día, después de un fuerte sol, Tin estaba sacudiendo el abrigo amarillo y fuerte con que iba vestido exteriormente, ya que por dentro llevaba una linda camisa de seda, cuando resbaló y cayó desde su cojín a la torrecita gris. De momento se asustó mucho. Luego, recuperado, se sintió cómodo y alegre en la cúspide, que era un tanto pegajosa. Allí permaneció algún tiempo; después notó que se había roto su abrigo exterior y que su cuerpecito iba tomando forma alargada; otro día se sintió entre un tubito y comprobó que empezaba a bajar por el pasadizo blanquecino. Un buen día penetró, por fin, al aposento interior de la flor, a la alcoba minúscula, tapizada y tibia. Una vozcita le dijo, no bien hubo llegado:

- Acá estoy, Tin, te esperaba.

El granito de polen, un tanto confundido porque la oscuridad era total y en la alcoba había muchísimos óvulos, no supo, de momento, de dónde partía la voz, que era un llamado femenino, tierno y musical. Anduvo un rato en las tinieblas y al cabo encontró a quien le llamaba, porque ya cerca, la voz se volvió a oír.

- Te esperaba, Tin.

Ovulo y polen se saludaron con mucho cariño porque resulta que el uno necesitaba del otro; se dieron un casto beso de amor, unieron sus cuerpecitos microscópicos, estiraron los bra-

zos y abrazados se recogieron a dormir, en un rinconcito tibio, perfumado y cubierto de felpa suave.

Pasado algún tiempo Tin despertó y con gran sorpresa vio que su cuerpo se había inflado, que la alcoba donde él había penetrado, o sea el pequeño ovario de la flor, empezaba a ser un durazno azucarado que pendía de la rama donde antes estaba la flor de pétalos rosados. Comprendió que él ya no era un granito de polen... se iba convirtiendo en una semilla dura y negra en cuyo interior dormía un árbol de durazno.

Una tarde, después de un día de mucho sol, Vicente Molina, el labrador, llegó con un gran cesto y se llevó todos los frutos, ya maduros, mientras decía:

- Qué buena cosecha tuvimos este año.

Las manos

Martha Lucía:

Tus manos son pequeñas y gordezuelas. En ellas hay diez deditos y diez uñas sonrosadas. ¿Quién te dio esas manos?...

Dios, que quiso hacerte útil para el mundo en que vives.

Con tus manos aprendes a escribir tu nombre, a hacer las letras grandes y pequeñas, a dibujar a papá y mamá, la casa y el colegio, la maestra, el sol, el río, los árboles, la luna y las estrellás.

Con tus manos juegas a las mamacitas y bañas y vistes tus muñecas. Con tus manos comes, te amarras los zapatos, te vistes, coges las flores, te das la bendición y envías besos a quienes se despiden para partir hacia lejos.

Con tus manos acaricias el gato y abres y cierras la jaula del canario.

Con tus manos prendes el televisor que te transporta a otros mundos y tomas el periódico para ver las tiras de monitos.

Con ellas te peinas, te bañas, te arreglas y empiezas a aprender mil cosas.

Cuando seas mayor, tus manos pequeñas y gorduzuelas ahora, serán las manos de una mujercita culta y laboriosa. Serán las manos de la maestra que toma en las tuyas las de sus pequeños alumnos, las de la médica que en la mesa de cirugía cura el dolor ajeno, las de la intelectual que vuelve y acaricia las páginas del libro, las de la secretaria, las de la artista, las de la madre que arrulla y bendice.

Entre tanto, Martha Lucía, cuida el aseo de tus manos.

Deben permanecer siempre limpias y sus uñas permanentemente recortadas. Tus dedos no deben ir a la boca, porque son portadores de microbios. Procura aprender cada día cosas nuevas, dentro de las cuales están las de ayudar a mamá en pequeños oficios de la casa.

Escribe tus lecciones, pinta los números, dibuja flores, pájaros y mariposas, pinta los cuentos que aprendes y a través de toda tu vida, procura que tus manos hagan solamente el bien.



El ratoncillo Dico

Dico había madrugado mucho aquella mañana. Y es que en la cueva que mamá Ratona había fabricado bajo el tablado de la casa de Andrés, se había agotado la comida esa noche. No quedaba brizna y los hijos bostezaban de hambre desde el amanecer. Habían destrozado hasta los últimos pedazos del diario con que la señora Teresa Ratona cubría la entrada. Eran ocho, de finos bigotitos negros, pelaje gris, orejitas rosáceas, hocico fino, dientes agudos, brillantes ojos negros, colas largas y graciosos movimientos. Jugaban mucho y comían más. Esto último preocupaba tremendamente a mamá Ratona, sobre todo en los días de invierno y cuando el gato Ramón se acostaba a recibir el sol junto a la cueva.

Roían madera, pan, retazos, papel, cortezas, ramas y hasta la suela vieja de un zapato que apareció en la cueva.

Entre sí se entendían muy bien y hacían las delicias de la madre, porque sus juegos y bromas, sus continuas travesuras eran manifestaciones claras de que eran unos hermanos avenidos y cariñosos.

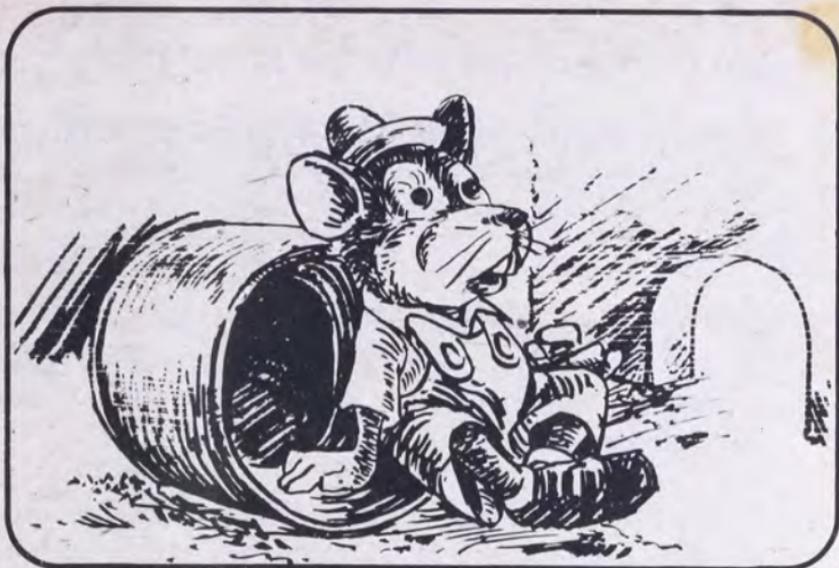
Además, eran comprensivos: desde el comienzo entendieron, por ejemplo, que el rincón más caliente de la cueva era para Paco, el más pequeño y delgado; que el mejor bocado era para Rita, una ratoncita que había nacido coja; que cuando Toto estaba de mal humor era mejor esquivar sus dientes y dejarlo solo; que Julio no aceptaba que en el juego le tirasen de la cola, así fuese levemente; que a Dico le encantaba dormir debajo del mismo pedazo de cartón que escogió desde recién nacido. Había sido una caja de harina y aún conservaba el aroma que a Dico se le antojaba rico y tentador. Por eso se sintió un poco triste el día anterior cuando su madre le dijo:

- Hijito mío; la lluvia barrió todo vestigio de comida... son las tres de la tarde y tus hermanos no han probado bocado. Todo el día han correteado por la cueva y todo el día me han pedido qué comer.

¿Te molestaría darnos tu cajita azul?

- No, señora. No me molestaría porque van a morir de hambre si tú y yo no hacemos algo por ellos... pero, eso sí. Tú no te olvidarás luego de ayudarme a conseguir una buena cama; uno se pega a sus cosas, ¿no es verdad?... Y caballerosamente ayudó a la madre a correr la caja para que sirviese de desayuno a la familia ratonil.

Aquella mañana, decíamos, Dico madrugó mucho. Como sus hermanos, había hecho incontables



carreritas, pero un fuerte olor a gato seguía llegando hasta la puerta de la cueva.

Dico era el mayor, el más arriesgado y trabajador, pero como aún eran un poco tontos, poco veloces y de escaso oído, la mamá había prohibido terminantemente salir cuando este repugnante olor se sintiera; Ramón podía estar cerca, o lejos, pero el peligro era casi igual. ¡Ella lo sabía por experiencia propia!

- Mamá está fatigada de correr de aquí para allá en busca de comida, pensó Dico. La lluvia lo barrió todo desde ayer... si yo le ayudo yendo un poco más lejos, como al otro extremo del patio, por ejemplo, o al solar o a casa de los vecinos o si logro entrar a la cocina, algo tengo que encontrar... En una de las salidas al borde de la cueva, le dijo Teresa Ratona:

- Desde las cuatro estás caminando hacia acá y son las siete. ¿Qué es lo que preparas?
- Salir, mamita, contestó Dico, mirándola con sus ojillos negros que en ese momento a la madre le parecieron más vivos y más hermosos.
- ¡No intentarás! Y con un fuerte halón de la cola lo arrojó al fondo de la cueva. En ese preciso momento venía Ramón, desmerezándose y con cara de pocos amigos.
- Quédate durmiendo un rato, aunque sea al lado de tus hermanos... y la señora Teresa Ratona miró con desconsuelo cuatro ratoncillos que, vencidos por el hambre, dormían uno junto a otro.

Dico no contestó y trató de dormir un poco; pero no pudo pegar los ojos y empezó de nuevo sus paseítos hacia la entrada de la cueva.

Ya había salido el sol y la cocinera barría el patio con una escoba negra como ella. En la basura, que era la de toda la casa, veía y olía Dico los más deliciosos manjares; trocitos de pan y queso, carne, arroz, tres cáscaras de huevo, media naranja, un pedazo de plástico donde vino envuelta una libra de jamón, una carreta de hilo, dos botones de madera y varios cartones y papeles. Sus ojos no creían lo que veían y el corazón se le saltaba de gozo. Con una patica y con la cola hizo señas a la madre para que corriera a ver lo que pasaba.

Entretanto, la sirvienta decía a la señora:

- No doña Susana; no estoy barriendo al revés... lo que pasa es que se puede cambiar alguna vez. ¿Por qué tengo que recoger siempre la basura en el extremo del corredor? Pero si a la señora no le gusta, voy por una caja y la recojo acá... Y como en este momento se le acercase el gato, dijo mimándole y tomándole en sus brazos.
- Pobre, mi Ramoncito... venga le doy su desayuno... y se lo llevó al interior de la cocina.
- Dico y Teresa Ratona contenían la respiración. ¡La dicha era inmensa!... Con gran emoción Dico echó una rápida carrera y trajo un pedazo de pan. La madre despertó a todos los hijos: no había tiempo qué perder. En incontables carreritas pasaron del patio a la cueva gran cantidad de comida porque la criada tardó en volver y Ramón tampoco aparecía.

Ya dentro de la cueva, cuando todos estuvieron satisfechos, y aún quedaban muchas provisiones, mamá Ratona llevó a Dico a su rincón favorito y mostrándole una gran caja untada de harina, le dijo, acariciando sus bigoticos negros:

- ¿Te gusta tu nueva cama, ratoncito dormilón?

+++

La fiesta de la madre

El domingo celebrarán la fiesta de "las madres" los alumnos del colegio donde estudia Jaime.

Con anterioridad habían recogido dinero, que daban privándose de sus nueves y la víspera cada uno había hecho la invitación a su mamá.

Desde tempranas horas se situaron en la puerta del colegio para ir llevando a las señoras hasta la capilla, que lucía adornada con gladiolos blancos y claveles rojos; el capellán ofició una misa solemne, en la que hizo el elogio a las madres y un conjunto con guitarras interpretó canciones sobre el amor y la amistad. Luego los muchachos condujeron a las madres hasta los respectivos salones. El de Jaime aparecía adornado con guirnaldas y cadenas de papeles de colores, el tablero imitaba una tarjeta gigante donde con tizas de todos los colores, Alonso Molina, el artista del grupo, había pintado rosas en profusión y un gran letrero en el centro que decía: "FELICITACIONES, MADRES QUERIDAS".

Los pupitres habían sido dispuestos de cuatro y cubiertos con manteles blancos sobre los que había copas, bandejas, servilletas y claveles.

En cada mesa dispusieron asientos para ocho señoras y los muchachos se colocaron detrás. Habían nombrado una comisión para desarrollar el programa y atender a las madres.

José Ignacio Mesa tomó la palabra para saludar a la concurrencia y ofrecer el homenaje. Luego habló el profesor; un alumno declamó una poesía que él compuso, actuó la murga del colegio, interpretando canciones viejas y cuatro niñas y muchachos cantaron baladas y canciones del momento.

La comisión pasaba con galletas, cigarrillos y confites hasta cada una de las mesas. Los muchachos de atrás miraban, sonreían, cuchicheaban, señalaban a las mamás de los compañeros.

Llegó el momento del brindis y le correspondía a Jaime. Lo habían escogido por ser el más inteligente, el de más fácil expresión, y el que más empeño había puesto en la preparación de la fiesta. Todos eran muchachos de 10 a 12 años. Pidió silencio a sus parlanchines compañeros y dijo:

- Señoras: Esta sencilla fiesta la hacemos en honor de ustedes porque son nuestras madres muy queridas. Porque nos han dado la vida y trabajan y luchan para educarnos y para que seamos buenos. Yo quiero brindar esta copa en nombre de los alumnos de "primero C" por cada una de ustedes, por cada una de las

madres del mundo, por cada una de las madres que han muerto y por mi madrecita que está aquí en mi corazón aunque se ha ido para el cielo... Aunque todos creen que ha muerto, ella vive... está conmigo... me acompaña cada día y yo quiero ser bueno para agradecerla...

El niño no pudo continuar el discurso que había preparado durante la semana, porque le faltaron las fuerzas y se deshizo en llanto...

Las madres también lloraron...

Había un silencio expectante en el salón que antes estuviera repleto de canciones, risas y alegrías.

Los muchachos se miraban y decían entre sí:

- Nunca nos dijo que fuera huérfano.
- Todos los días dice: "mi mamá dijo", "mi mamá quiere"... "Le dije a mi mamá"...

Quando terminó la fiesta el profesor preguntó a Jaime por qué había engañado a sus amigos; el muchacho, serenamente, contestó.

- Porque es la primera fiesta de madres que me toca sin ella y yo quería hacerle un homenaje. No podía darle otra cosa... además, dijo levantando la cabeza rubia, así es verdad que yo la llevo aquí en el corazón!

+++

El reloj

Conoces el reloj y sabes que se usa para medir el tiempo.

Tiene dos manecillas que señalan las horas, la más pequeña, y los minutos, la más grande. Los hay de todos los tamaños: desde el reloj grandísimo de la torre de la iglesia, hasta el reloj pequeño que vez en la muñeca de las niñas y aún el más chico que está engastado en algunos anillos modernos.

Pues bien, el reloj ha medido el tiempo desde todas las edades en la historia de la humanidad, y los ha habido de muchas clases, formas y condiciones: el reloj de agua, el de arena, etc. Las manecillas del reloj, mientras tengan cuerda, no se detienen. Con precisión marcan las horas, una tras otra, y uno tras otro los minutos. Al final de cada día podrían decirte si las horas han sido bien aprovechadas o no. Pero están calladas... Como centinelas silenciosos guardan el secreto de lo que han visto y oído.

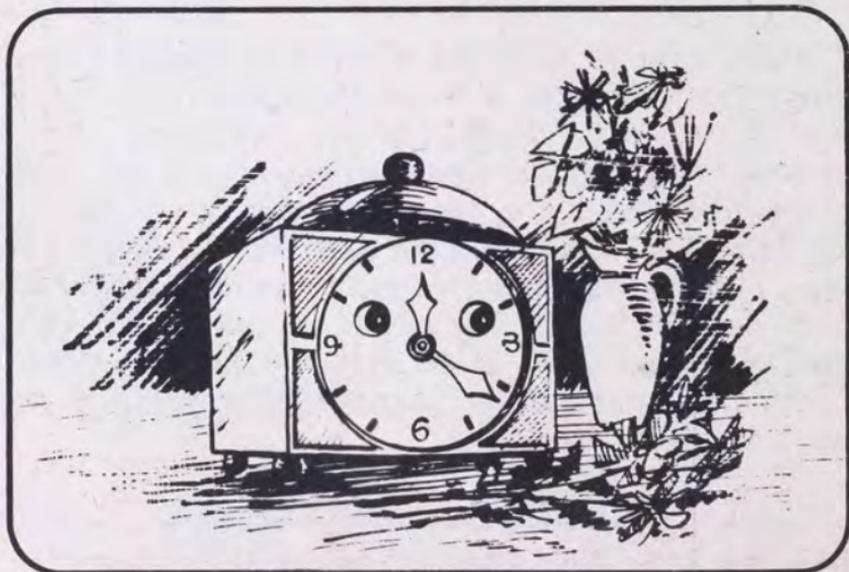
Algunos niños aprovechan bien el tiempo. Y como hay una hora para cada cosa, la emplean como es

debido. Una hora para despertar, para bañarse, para comer, para ir al colegio, para jugar, para atender a la clase, para ir de regreso al hogar, para ver la televisión, etc.

Esos niños, que reciben el nombre de niños disciplinados, generalmente tienen padres y hogares muy bien organizados, donde se les ha enseñado a hacer cada cosa a su debido tiempo.

Otros niños no saben para qué es el reloj, ni mucho menos para qué señala el tiempo. A veces vienen de hogares desorganizados, donde no les han enseñado a hacer las cosas a su debida hora, y a veces ellos mismos son desorganizados de por sí.

Ser desorganizado es malo. El tiempo no rinde para nada. No se alcanzan a hacer las cosas que



hay que hacer, vienen los disgustos, los sinsabores y los fracasos.

Mira el reloj. Aprende a ir de acuerdo con lo que te señala: una cosa para cada momento. Así no te dejarás vencer por el tiempo, sino que irás a la par con él y le saldrás adelante. Las manecillas del reloj son pícaras y se ríen de los niños que no conocen el valor del tiempo. No dejes nunca que esas inquietas manecillas se rían de ti.

+++

Marina Azulejo

La señora Marina Azulejo enseñaba a volar a sus hijos en los arbustos del jardín de la casa de Cecilia, a la sazón de 5 años.

El jardín se componía de unos cuantos rosales que vivían siempre florecidos, de muchas matas de azaleas, de algunas de claveles, de tres eras repletas de pensamientos y alhelíes, además de unas cuantas matas de margaritas blancas.

Había dos granados, adornados con melenas que eran los más escogidos por los pajaritos para hacer sus nidos; dos o tres de nísperos y en el centro de todo el campo un guanábano que regalaba a sus dueños ricos y enormes frutas de gruesa cáscara verde y de pulpa blanca y deliciosa.

La señora Azulejo había escogido justamente el granado más bajo, porque era el que tenía más tupidas melenas y así su nido estaba siempre oculto y protegido pero, ante todo, porque la distancia que lo separaba del suelo no era mucha, y así sus primeras lecciones de vuelo a los pequeños le resultarían especialmente sencillas.

Eso era lo que había pensado con su esposo, Juan Azulejo, cuando resolvieron fabricar el nido.

Era un matrimonio muy unido y trinaban mucho. Entre los dos cuidaron los huevos y buscaron comida para el par de insaciables pichones. A veces tenían que recorrer muchas distancias porque en el jardín abundaban las aves y escaseaban los bichos e insectos.

Sin embargo, nunca los pequeños tragones pasaron hambre. Más se demoraban en abrir el pico, que papá o mamá estar listos a depositar en él un rico gusanillo, una pequeña lombriz o, en último caso, la mitad de una oruga gorda... No obstante, chillaban todo el día y esto inquietaba un poco a mamá Azulejo, porque no tenía ninguna experiencia en estos deberes maternos; a pesar de esto los cumplía muy bien. Como toda buena mamá, vivía solamente para su esposo y más aún para sus hijos. Su felicidad consistía en verles crecer y en abrigoarlos por la noche, para que el búho, que dormía en el árbol de grosellas, no los viese, y para resguardarlos del frío. Y es que eran muy friolentos, entre otras cosas porque aún no tenían plumas.

Cuando estas fueron apareciendo, dijo un día Juan Azulejo.

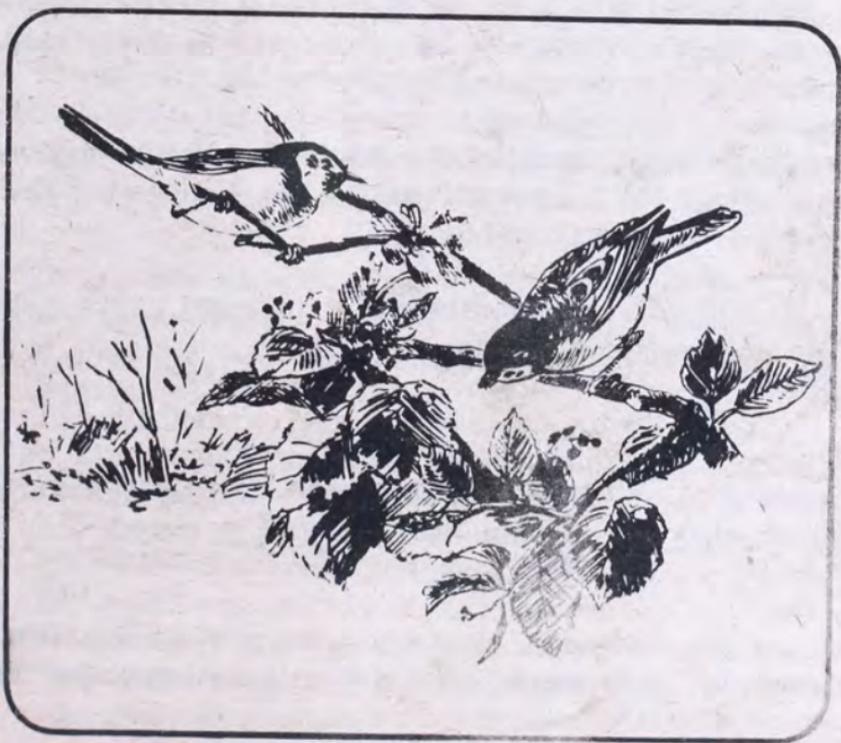
- Creo que pronto podrás empezar a enseñarles a volar a los muchachos. ¿Qué opinas tú?

- ¿Qué he de opinar, esposo mío? Estaré feliz. Lo he esperado toda la vida... y miró con orgullo a los dos hijos que echaban una corta siesta.

Y como al fin los muchachos se llenaron de plumas como las de sus padres, pero más finas y brillantes, dijo Juan a su esposa:

- Mañana empezará.

Marina Azulejo esperó con ansia el nuevo día. Su dicha era inmensa. Cuando empezó a aclarar, dijo a sus pequeños, mientras les sobaba con el pico sus cabezas de brillantes ojos negros.



- "A levantarse, pues, como les he dicho tantas veces. Pero recuerden lo convenido. Solamente pueden pararse en el borde del nido y por ningún motivo volar antes de que yo les haga la señal. Primero Azulino y luego Azuloso. Tú, hijo, dijo a este último, trata de hacerme caso. Recuerda que por tu desobediencia, casi te ahogas una vez". Los hijos saltaron, plenos de vida, al borde del nido, y miraron primero con el ojo izquierdo y luego con el ojo derecho el abismo que se interponía entre sus alitas débiles y las ramas bajas desde donde los llamaba mamá.

Cuando esta dio un aletazo especial, que ellos entendieron muy bien, se desprendió Azulino, quien con singular destreza fue a dar exactamente a su lado.

Le tocaba a Azuloso. La madre repitió la lección y el pajarillo la aprendió muy bien. Una y otra vez repitieron la misma hazaña.

Luego volaron simultáneamente a una rama más baja y de nuevo al nido.

Cuando los pichones estuvieron cansados, los padres suspendieron la lección. Claro está que todo esto se hizo en medio de la mayor algarabía por parte de los muchachos, y de la mayor atención por parte de los padres.

Al día siguiente el vuelo se hizo en forma oblicua. Del nido hacia los nísperos y de los nísperos hacia el nido.

- Muy bien, decía Juan Azulejo, cada vez que los dos pajarillos ascendían jadeantes pero orgullosos.

Al tercer día el vuelo se hizo en forma horizontal. Cecilita no perdía ninguno de estos ensayos, de estas maravillosas lecciones. Al cuarto día el vuelo debía ser hacia lo alto, pero con mucha insistencia advirtieron los papás que se requerían cuidado, atención y obediencia. Y es que como los chicos ya estaban un poco adiestrados creían, especialmente Azuloso, que ya no necesitaban las constantes normas dadas por la madre y consideraban que ya podían ir más allá de donde le señalaran.

Y sucedió que en el vuelo de ascenso lo hicieron igualmente bien. Del nido a las ramas del guayabo y de las ramas del guayabo en picada hacia el nido...

En uno de estos vuelos, en una rama delgada del guayabo y mientras mamá azulejo trinaba y tomaba un poco de descanso, dijo el más pequeño a su hermano:

- Te aseguro que soy capaz de ir hasta la rama más alta del grosello y subir más lejos de la casa del búho.
- No lo intentarás, dijo el hermano mayor. Si nuestros padres no nos permiten volar tan alto, tendrán sus razones.

- Pero es que yo tengo las mías. Me siento fuerte y ya soy mayor.
- Nunca se es mayor para desobedecer a los padres, dijo Azulino.
- El caso no es de discutir, sino de mostrar que soy más fuerte que tú y menos miedoso.
- No harás disparates: ya has preocupado seriamente a nuestros padres, siendo aún "hijo de familia", replicó Azulino en tono contundente.

Azuloso dejó vagar una sonrisa y aleteó fuertemente. En eso llegó la madre y dijo:

- Basta por hoy. Lo habéis hecho sumamente bien. Dentro de poco podréis salir del jardín y volar lejos, por donde os plazca. Eso, sí, necesitáis otros ejercicios acá mismo, pero no serán hoy. Y como iba oscureciendo, indicó a sus hijos que era hora de regresar al nido.

Al poco rato, rendidos por el cansancio del día, todos dormían. Todos menos Azuloso que no dejaba de mirar hacia lo alto del grosello. De pronto se levantó, se colocó al borde del nido, tal como la madre lo había enseñado decenas de veces y antes de que nadie se diese cuenta, elevó el gracioso y sostenido vuelo; el corazón le latía con violencia porque pensaba en lo que diría Azulino cuando él, Azuloso Azulejo, le silbase desde lo más alto de las viejas ramas del árbol... Ya llegaba cuando el mundo se le hizo negro y una fuerte garrra le sujetó en el aire. Era el búho, que en si-

lencio lo llevó a su nido y en silencio lo despedazó. Al día siguiente no hubo tanta algarabía en las lecciones de Azulino, y las begonias, las rosas, los pensamientos, las azaleas y las margaritas lloraron las locuras de Azuloso.

+++

El lápiz y el borrador

Tu lápiz, Ana María, es azul y rojo. Con él pintas las flores, las casas, las palomas, los árboles y mil cosas más.

Es de madera rosada y tiene un corazoncito negro, que es la mina, de grafito, y que se desliza suavemente por la superficie del papel, guiada por tus manos de niña estudiosa.

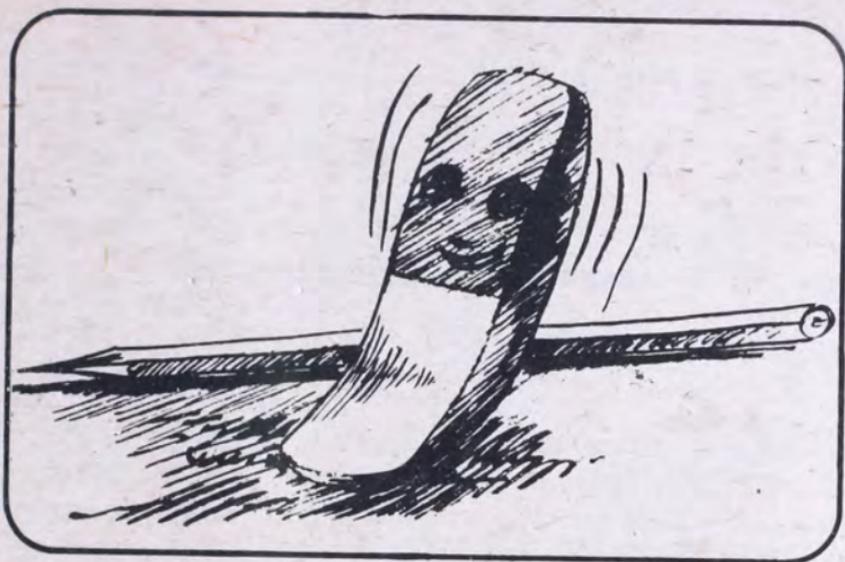
Cuando haces las letras y formas palabras, el lápiz se pone contento, porque ve cómo vas progresando cada día.

Cuando hiciste la composición para la madre, tu lápiz no cabía en sí de gozo y sostuvo con el cuaderno esta conversación.

- ¿Ves cómo escribe de bien Ana María?
- Sí, dijo el cuaderno. Su letra es clara y pareja y sus dibujos llenos de vida.
- Además, dijo el lápiz, cada día piensa un poco más en lo que escribe. Cuando era más chica

no pensaba o pensaba poco. En cambio ahora, escoge entre varias ideas la mejor y esa es la que me hace escribir. Sus composiciones resultan bellas. La que hizo hoy fue preciosa.

- Pero es que, además, Ana María es una chica de buenos sentimientos.
- ¿Qué es tener buenos sentimientos?
- Es querer a todo el mundo. Es tener un corazón limpio y un alma grande.
- Pero siendo Ana María tan pequeña, ¿sí puede tener un alma grande?
- Claro que sí. Tiene un alma grande aunque es pequeña, así como hay personas grandes o que se dicen grandes y que tienen un alma muy pequeña.
- ¿Cuáles son estas personas?
- Las egoístas, las que solo piensan en sí mismas, las que no sufren con el dolor ajeno.
- Pues somos muy afortunados de tener una dueña que es noble, que es buena, que posee buenos sentimientos.
- Y hay algo que ni tú ni yo, amigo lápiz rojo, hemos apreciado y es que Ana María sabe rectificar.



- ¿Qué es rectificar?
- Borrar, corregir lo que está mal. Muchos niños no gustan de corregir sus tareas y por eso nunca aprenderán mucho. Ana María lee, compara, observa y cuando descubre errores, con toda humildad, sencillamente, borra una y muchas veces para que el trabajo quede bien.
- Y también hay hombres ya maduros que tampoco saben rectificar o no quieren hacerlo. Son tercos y se quedan tranquilos dentro del error.
- Cállate, que llega nuestra amiguita, dijo el cuaderno, y dobló sus hojas con una pícara sonrisa.

Primer día de clases

Juan Ignacio estaba muy contento porque se aproximaba el día de ir a la escuela por primera vez. El papá le había comprado un portafolios de cuero café con una calcomanía del Gato con Botas y la mamá le había conseguido el uniforme, los cuadernos, los colores, un lápiz grande con borrador, una regla roja, camisetas, medias, blue jeans y zapatos nuevos...

- ¿Cuándo es lunes, 18 de febrero?
- Faltan dos semanas, hijito.
- ¿Cuándo es lunes, 18 de febrero?
- Falta una semana.
- ¿Cuándo es lunes, 18 de febrero?
- Mañana, hijito mío, contestó la madre.

Desde muy temprano estuvo despierto. Con rapidez saltó de la cama, rezó al Señor y con prontitud se organizó para que la madre lo llevase hasta

la puerta del establecimiento, por ser el primer día. Juan Ignacio tenía seis años y medio.

Por el camino, el corazón le saltaba de gozo... Tendría muchos compañeros, muchísimos amigos, una profesora, jugaría en patios amplísimos, aprendería mucho, crecería, sería algún día un gran hombre.

Cuando se fueron acercando a la escuela apretó con fuerza la mano de la madre.

- ¿Qué te pasa, Juan?
- Tengo un poquito de susto, mami.
- Ya vamos a llegar. Verás qué amable es la señorita Elena y qué amables son tus compañeros.

Al llegar, dijo la mamá:

- Buenos días, señorita Elena. Le dejo a mi hijo...
- Buenos días, señora Amalia ¡Qué lindos zapatos y qué bonito maletín traes, Juan Ignacio!... y con ternura le acarició la cabeza.

Juan seguía asustándose un poco más cada minuto que pasaba. Estaba realmente aturdido.... le parecían rarísimas la bulla, la gran cantidad de chicos, el edificio tan grande, en fin, casi todo...

La mamá le dio un beso y lo dejó.

El niño tomó la mano de la señorita Elena y con ella siguió, por un corredor largo que se le antojaba sin fin, hasta el patio central, donde estaban ya casi todos los alumnos. No conocía a nadie... miraba a todas partes y ya casi soltaba el llanto cuando le halaron del brazo. Era Ricardo Arenas, el hijo de una amiga de su mamá, y quien alguna vez había estado en su casa.

- Hola, Juan Ignacio, dijo Ricardo con su gran vozarrón... ¿Cómo estás?
- Hola, dijo Juan, con poco entusiasmo y sin decirle el nombre porque lo había olvidado en ese momento.
- ¿Vas a estudiar aquí?
- ¿Te gusta la escuela?
- Un poco... sí... mucho, dijo sintiendo en ese mismo momento que tenía una gran pena. Echaba de menos a su madre, de quien nunca se había separado, a sus hermanos, Laura y Andrés, y a su casa, pequeña y acogedora.
- Lo dices como si tal cosa... pues yo sí estoy feliz. Siempre quise venir a estudiar acá. Pero... no pongas esa cara. Ya veo que quieres llorar... y es malo empezar el primer día de clases con llanto en los ojos... ven, vamos a conocer la escuela mientras tocan la campana. Y sin que Juan Ignacio pudiese contestar, le

tomó de un brazo y salió con él al primer recorrido por la escuela: Lo llevó a la cancha de fútbol, a la conejera, a los salones de primero y le mostró, por una ventana, el tablero, los pupitres de los chicos y la mesa del profesor... por todas partes iban y venían muchos más grandes y más chicos.

- Ahora, ven, dijo Ricardo: voy a mostrarte algo que te va a gustar muchísimo; conozco toda la escuela porque acá han estudiado mis hermanos.

Y siguiendo por un pasadizo un poco estrecho para la cantidad de alumnos que lo transitaban, lo llevó a una especie de cobertizo donde había gran cantidad de bicicletas en hileras y algunos carritos de madera.

- Son para las competencias, dijo muy ufano.
- ¿Y hay premios?
- Claro que los hay; también hay torneos de patines y competencias de natación.

Y como Juan Ignacio era un gran patinador, cerró un momento los ojos y se vio recibiendo una medalla de oro que el señor director le imponía ante toda la comunidad.

- “El primer puesto en patinaje, lo ocupa el gran campeón Juan Ignacio Pérez... La madre vino entonces a felicitarlo...”

En este momento, la nubecita que antes había en sus ojos acababa de desaparecer y una gran alegría inundaba su corazón.

La campana llamó a filas y los dos niños corrieron otra vez al patio principal.

- ¿Cómo te pareció la escuela, mi amor?
- Maravillosa, mamacita... hacen torneos de patines y ciclismo... también competencias de natación... además la señorita Elena me sacó al tablero, te dibujé a ti y ella me felicitó y me acarició la cabeza... Además, allá estudia Ricardo Arenas.

+++

El oído

María Teresa:

El oído es otro de los sentidos que Dios te ha dado para ponerte en comunicación con los demás.

Ensaya a taparte fuertemente las orejas. ¿Ya?... Mientras esto suceda no podrás oír, ¿verdad?... Y qué incómodo te resulta el mundo en este momento, porque estás como alejada de todo cuanto pasa a tu alrededor. Pues bien: es que el oído es indispensable para apreciar los sonidos, para captar la belleza del mundo a través de sus incontables sonidos.

¿Qué es agradable oír?

El caer de las goticas de lluvia sobre las hojas de los árboles, la voz del agua de los arroyos y de los ríos, la voz del viento.

Es maravilloso percibir el rumor del mar, el estrépito del trueno, los sonidos extraños a veces pero siempre hermosos del campo y la montaña, la noche, el amanecer, la campana, la locomotora,

el avión, el árbol, la risa de los niños, la voz cariñosa de la madre, la plática del sacerdote en el templo, el grito del voceador de prensa, el pregón del lotero y del vendedor ambulante.

Es delicioso oír las historias y cuentos del abuelo, el saludo del vecino, la llamada del amigo, la bienvenida que se recibe al llegar de lejos, en fin, los miles de sonidos que pueblan el mundo.

Como eres pequeña tus oídos no captan aún muchas cosas que cuando seas grande debes reconocer y atender de inmediato: la queja del que sufre, la congoja del enfermo, el llanto del pequeño, la protesta del rebelde.

Pero sobre todo, vas a aprender a oír el silencio de los que no hablan, de la gente que va agobiada de pesares por haber perdido la fe en los demás, se ha encerrado en sí misma y por ello se va volviendo dura como la madera y va por el mundo con el ceño adusto y con el corazón enfermo.

Entonces, vas a aprender a acercarte con maña, con dulzura, con cautela, con especial cariño a esas almas para oír qué pasa en ellas. Vas a aprender a escuchar sus silencios largos.

Oye todo lo hermoso que la creación te ofrece. Oye los consejos de tus padres y maestros. Aprende desde ahora a oír.

+++

La araña patitas

Había una vez una araña llamada patitas, que resolvió hacer su casa junto a la lámpara de la alcoba de Julita.

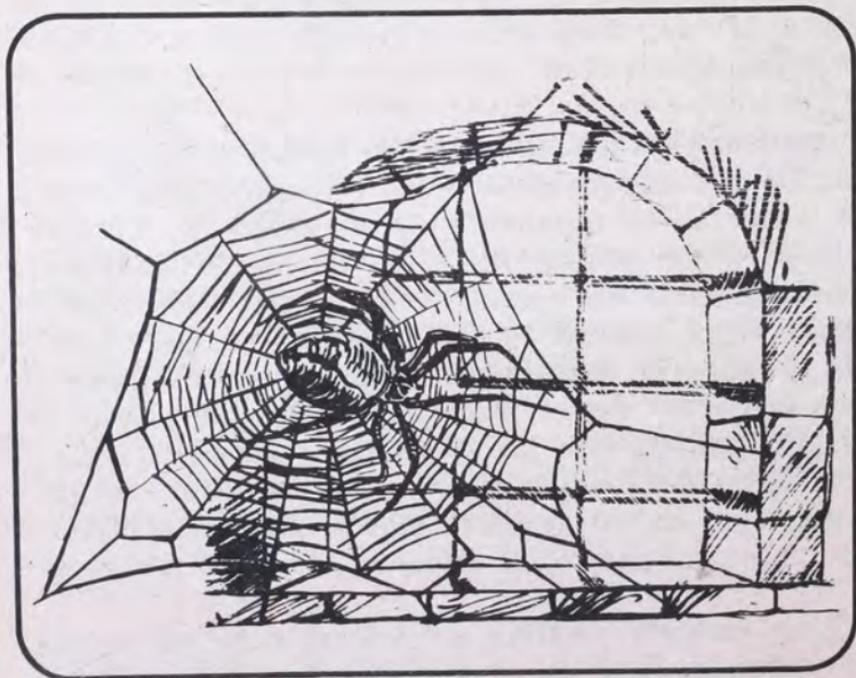
Allí vivía muy feliz, porque la lámpara era grande, con muchos brazos largos, de tal manera que nunca la vieron cuando barrían la casa o sacudían el polvo de la pared.

Además, nunca le faltaba sustanciosa comida porque por la ventana, que permanecía mucho tiempo abierta, se colaban gran cantidad de bichitos que, atraídos por la luz brillante de la lámpara, trataban de acomodarse en los espacios que quedaban libres entre la lámpara y la pared, y patitas, que tenía muy buenos ojos, mejores patas y aún mejores redes, cazaba con destreza cuanto bichito pasaba por las vecindades de su residencia. Así pudo criar una numerosa familia que tenía a su cargo y ella misma vivía muy cómodamente, sin pasar necesidades ni correr peligros.

Una mañana, patitas se asomó a la puerta de su vivienda; bostezó, alargó una patica, luego otra,

y así sucesivamente hasta que se acomodó bien en la mitad de una linda red que había fabricado la víspera, cuando oyó una vocecita que le dijo:

- Buenos días, señora araña.
- Buenos días, contestó patitas y volteó la cabeza peluda para ver quién le hablaba. Se encontró con los ojos brillantes de la cochinilla, que estaba estrenando abrigo de lunares rojos y negros.
- ¿Qué hace usted por aquí?
- Pasaba, no más, pero me sorprendió esa linda voz que ahora mismo usted puede escuchar.



Patitas se llevó una patica al oído para oír mejor y, efectivamente, oyó una voz lindísima. Era que Julita estaba cantando, mientras arreglaba unas rosas en una mesita que tenía junto a su cama. Es de anotar que Julita ayudaba mucho a la mamá en la casa, en la cocina, en el jardín. Suyas eran tres matas de rosas que cultivaba en el huerto y que le daban bellas flores.

Patitas estaba muy contenta cada vez que Julita cantaba, pero también lo estaba cuando la contemplaba haciendo las tareas, barriendo o cosiendo... Por eso se quedó quietecita, en silencio, para oír bien, como siempre lo hacía. La cochinilla en cambio, empezó a caminar de aquí para allá, a dar vueltas, a charlar, estorbando así a la arañita para escuchar el canto de la niña. En un momento dijo cien palabras y antes de que Julita terminase de cantar se desprendió de lo alto, de modo que cayó justamente sobre un brazo de la niña.

Como Julita era buena, no hizo daño a la cochinilla; le dio un beso en el abrigo de lunares rojos y negros y la echó a volar mientras cerraba la ventana. Patitas pensó: si se hubiese estado quieta y callada, nada le había pasado. Hay momentos en que es bueno no hablar y escuchar en silencio.

+++

Tú eres vida

Alberto:

Tú te mueves todo el día. Eso es lo que dice tu maestro. ¿Has pensado por qué te mueves tanto?... porque tienes vida, porque a cada día y a cada hora tu cuerpo se hace más fuerte y más grande.

También se dice que los niños constantemente están en alguna actividad; juegan, corren, brincan, comen, hablan, cantan, etc. Pues bien, eso es maravilloso. Algo más: todos los seres de la creación están permanentemente haciendo algo. Algo que resulta ser útil a ellos mismos o a los demás.

Así, el caballo arrastra la carretilla cargada de objetos y la transporta de un lugar a otro, día tras día, sin rebelarse y sin protestar.

Las hormigas andan todo el día buscando la brizna que luego llevan a su hormiguero, para alimentarse. La abeja está constantemente fabricando miel, que luego ha de servir a los hombres para endulzar la vida.

El árbol está fabricando los frutos amarillos y rojos con que se deleitarán los niños.

Las flores están fabricando las esencias con que regalan a nuestro olfato y el polen para los insectos.

El ave está trinando en la rama para alegrarnos, y recorriendo grandes distancias para buscar el alimento de sus hijos.

Las aguas de los ríos están corriendo a toda hora, para regar los campos, para buscar el mar y para servir de morada a los peces.

El sol trabaja con su luz y su calor para darnos vida y contento. Las estrellas y la luna están alumbrando, cada noche, para regalarnos con su luz tenue.

El viento está soplando para barrer las calles, para mover los molinos y para refrescar a los agricultores y a los campesinos.

El buey está tirando del arado, para que la tierra reciba la semilla y la devuelva en espigas.

Todo en la creación, Alberto, está en constante actividad.

Está bien, entonces, que tú también estés activo, cuando esa actividad no perjudique a los demás.

La actividad te hace grande de alma y cuerpo.

+++

Juan y sus juguetes

Entre sus juguetes Juan tiene ocho carros, cuatro barcos y dos aviones. Los ha ido consiguiendo cuando sale al comercio con la mamá; otros se los ha regalado la tía Amalia y otros se los ha traído el niño Dios cada veinticuatro de diciembre.

Juan cuida mucho sus juguetes y trabaja con ellos todo el día. A los carros les presta cuidado especial porque en los largos viajes que deben hacer por la autopista de arena que ha hecho en el patio, por los corredores de la casa y aún por las superficies de las camas, es frecuente que se desgasten y sufran averías; a menudo algunos necesitan reparaciones que también él vive en condiciones de efectuar. Por algo es conductor, aviador, marinero y mecánico...

Los automóviles son cuatro: dos negros y uno amarillo, todos "últimos modelos" y de los que su dueño está muy contento... nunca se descomponen y sus máquinas son las mejores del mundo... su carrocería es perfecta y sus colores, brillantes, les dan un aspecto precioso... Además son veloces y con un pequeño impulso van de Medellín a Bogotá,

de Cali a Cartagena, de Tunja a Manizales... maneja un poco de cera que le dio el tío y un trapito rojo que le dio la abuela, para darles brillo cada día.

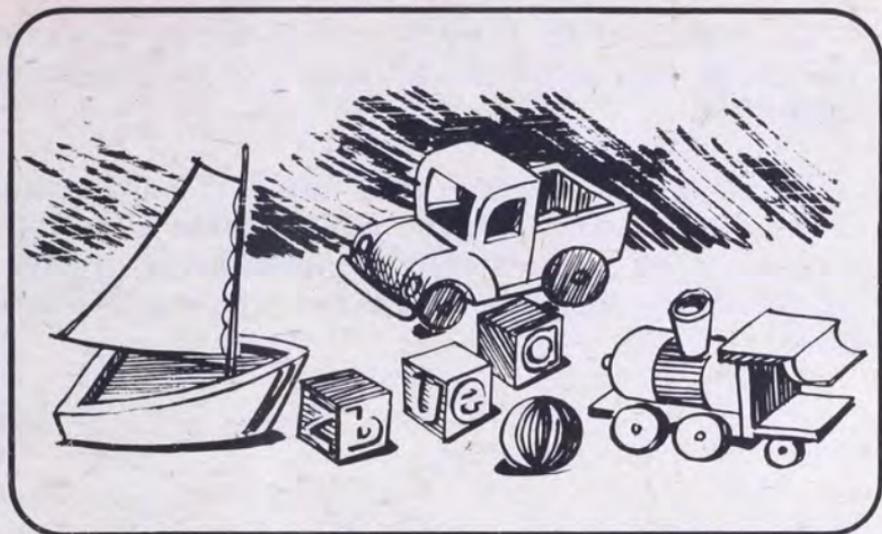
Para carretera posee dos buses de madera. Uno se llama "El Gitano" y otro "El Zorzal"... ambos, según Juan, son de la mejor calidad y le dan mucho dinero; uno viaja con frutas a la costa del Atlántico y otro trae pescado desde Buenaventura. Cuando se descomponen, él sabe repararlos, solo o en compañía de sus amigos y cuando llegan muy embarrados de un viaje largo, él los lava con una pequeña manguera que le compró a Eduardo.

"El Lechero" es otro de los vehículos de Juan. Va constantemente cargado de envases con leche que el muchacho debe repartir por la ciudad, de casa en casa, cada mañana.

Otro es el de "Los Bomberos"... el dueño sabe el oficio de apagar incendios y rescatar personas, entre nubes de humo, y bajarlas por la larga escalera de plástico amarillo.

El otro carro es grandísimo, de madera negra, donde cabe Juan sentado. Lo hizo el abuelito y el niño lo maneja a perfección con dos cuerdas resistentes que parten de la dirección... las ruedas fueron compradas en el taller del maestro. Toño... se llama "El Rey" y Juan ha competido en él, con otros compañeros, y ha ganado carreras en la Avenida Once.

Cuando está cansado de los carros toma sus barcos y en la pila de la casa o en una ponchera gran-



de, los barcos navegan por mares azules, llenos de espumas blancas, donde en ocasiones hay tormentas, se pierde el rumbo o hay batallas con piratas, tiburones y monstruos marinos.

Los dos aviones son de hojalata blanca y brillante, Juan sabe hasta qué altura pueden subir, cómo tomar los distintos rumbos, encontrar todas las rutas y de qué manera se efectúan los distintos aterrizajes. Conoce muchos aeropuertos, viaja con hombres de distintas nacionalidades y gusta de volar alto, muy alto, sobre ciudades lejanas, mares desconocidos, puertos, ríos, desiertos y países que solo él conoce...

También cuida con esmero sus aviones.

Nunca ha sufrido un accidente y discute con Diego Hernán y Mario, sobre las condiciones de mantenimiento y de conservación.

La mamá lo ha llevado varias veces al aeropuerto de la ciudad donde vive y él ha observado todo.

Ahora quiere un tren bien largo... con vagones móviles y que arroje humo y pite, como el de Luis Enrique... Si es obediente y estudia mucho, quizás en diciembre tenga un tren largo y de vagones móviles...

+++

Nonita

Esta es la historia de Nonita

Es una niña muy bella. Tiene cuatro años. El papá dice que es una reina, la madre asegura que es una muñeca y ella le cuenta a todo el mundo que es médica.

Vive en una casa colonial, de grandes puertas y ventanas, de amplísimos patios y corredores y un jardín interior con árboles y flores.

En los patios juega con los tres hermanos, con el perro y la pelota; pasea por los corredores en el triciclo japonés que el niño Jesús trajo a Cecilia, su hermana mayor, y en el jardín conversa con las flores y los pájaros.

Se levanta a las seis y desde entonces comienza su gran trabajo de cada día. Porque Nonita es muy activa, no se está quieta y no siente pereza de cumplir con sus deberes. Y es que tiene una hija llamada Patricia Elena que le merece muchísima atención; es una gran muñeca de ojos azules y de cabello rubio, recogido sobre la cabeza en un moño

atado con una cinta azul, también. Nonita la baña, la viste, la empolva, la perfuma, le da el tetero, la lleva al jardín infantil, la atiende cuando está enferma, la reprende cuando está desobediente, conversa muchísimo con ella, la acaricia, la arrulla y la besa.

En un extremo del corredor tiene el consultorio y allí atiende a sus hermanos, a la niñera, a la mamá, a Patricia Elena y a las demás muñecas.

En una caja de cartón guarda el estetoscopio de plástico, y los demás implementos, también de plástico, para aplicar las inyecciones que resultan maravillosamente efectivas y no duelen, a pesar de que los pacientes se quejan siempre y siempre ponen cara de martirio.

También hace comiditas con la niñera y sus hermanos. Juan, el hermano menor, es el papá y debe conseguir la comida y llevarla a la casa. Preparan ensaladas de hojitas picadas y pétalos de flores, sopa de agua con migas de pan, arroz con polvo de galletas y postres de naranja o banano picados. Todos le ayudan. El almuerzo o la comida, según la hora, quedan deliciosos y hasta ellos resultan algunas veces con buen apetito.

Cocinan en una pequeña estufa de hojalata azul, sirven en una mesita baja y mantienen en perfecto aseo la nevera y la vajilla, formada por bandejas, platos, jarras, vasos, tazas y cubiertos de plástico rosado, adornados con florecitas rojas y amarillas.



Los domingos van a pasear al campo, generalmente al río, donde el papá se dedica a pescar, entre tanto ellos juegan con la madre.

Nonita lleva entonces un sombrero de paja blanca que le luce mucho, según dice el papá.

Nonita está aprendiendo a nadar en un pequeño lago. Juega, canta, corre y pregunta mucho. Así, por ejemplo:

- ¿Los peces no se aburren en el agua?
- ¿Cierran los ojos cuando duermen?
- ¿Por qué el río no corre hacia arriba?
- ¿Por qué aquellos árboles tienen hojas rojas?
- ¿Por qué aquella garza se para en una sola pata?

- ¿Por qué los loros chillan tanto?

Por la noche, Nonita se acuesta temprano porque los padres han dicho que los niños, si desean crecer, deben dormir mucho; pero antes reza a la Virgen, al angelito de la guarda, y oye un cuento que le relata la mamá.

Pero la mejor hora, la más emocionante de todas, es la una de la tarde de cada día. Para entonces deja juegos y oficios y corre presurosa a cumplir una obligación, la que más le llena el corazón de alegría y que ella misma ha inventado.

A la una suena, a la puerta de la casa, el carro del papá. Nonita oye el pito y vuela a esconderse dentro de un armario de madera negra que está en la primera alcoba, después de la sala. El papá entra a la casa. Viene fatigado, con hambre y sudoroso. Saluda a cada uno y luego, bastante preocupado, pregunta ya en la primera habitación.

- ¿Dónde está Nonita que no la veo?
- No la hemos visto hace mucho rato... ¿Dónde estará?
- Llámenla, por favor. Díganle que ya vine.
- Nonita, Nonita, ven que llegó papito. Y salen a buscarla.

Como nadie la encuentra, regresan a la pieza y cada uno, muy confundido, dice:

- No está en la casa.

El papá contesta.

- ¿Pero para dónde se iría?... ¿Sería que se la robaron?... ¿Sería que se la tragó el loro?... ¿Sería que se fue a vivir con la abuelita?... ¿Se nos iría para el río?...

Al fin el papá empieza a disgustarse y dice:

- Creo que es descuido dejar perder una niña tan buena y tan hermosa. ¿Quién va a aplicar las inyecciones?... ¿Quién va a cuidar de Patricia Elena?... ¿Quién va a hacer la comida?... y empieza él mismo a buscarla por la pieza.
- ¿Estará aquí?... Nonita, ¿Dónde estás?... y mira debajo de la cama, debajo de la silla, detrás de los cuadros.
- Tampoco está... ¿Qué vamos a hacer? ¡Tengo ganas de llorar!

Un grito débil sale desde el fondo del armario.

- Chist, silencio, dice el papá. En esta pieza oigo un pajarito... ¿Pero dónde estará ese pajarito?

Los griticos continúan, tan suaves como si en realidad los diese un pajarito, pero ahora más frecuentes. El padre se va acercando al armario, lo palpa por encima, por delante y por detrás. Al fin dice:

- Sí, ¡es acá donde canta el pajarito!

Pero no podemos abrir la puerta porque se escapa. ¿Cómo hacemos para sacarlo?

En ese momento se abre la ancha puerta y aparece Nonita con la cara iluminada de gozo, se arroja a los brazos de papito y abrazada a su cuello lo acompaña al comedor.

+++

La cometa

Juan tiene tres hermanas. En la casa hay muñecas para las niñas y carros, aviones, barcos y soldaditos para él. Un día Juan se antojó de una cometa. Era agosto: las tardes eran muy claras, había mucho viento y todos los muchachos tenían una cometa.

La madre consiguió en una tienda la cometa para Juan. Era verde y roja, con una larga cola de tiras de colores y un gran ovillo de cordel resistente para elevarla. Todos salieron con la cometa roja...

El sitio escogido fue un potrero en "Paloblanco", bella hacienda del Valle, cruzada por el río Cauca. Los niños gozaban viendo cómo los pescadores sacaban peces grandes y chicos; además, dentro de poco verían pasar el tren.

El niño tenía solamente cuatro años. La madre y las hermanas le enseñaron a elevar su cometa. Cómo halaba el cordel, cómo le sujetaba, cuándo le dejaba escapar, cuándo le hacía girar, etc. ... Varias tardes repitieron el paseo a "Paloblanco" y siempre la cometa se elevó alto, muy alto, ma-

jestuosa y serena, en ocasiones, inquieta y necia en otras, dentro de la admiración y el gozo de todos.

Un día, Alba Inés, pequeña negrita de pelo ensortijado, pálida y enfermiza, hija de la sirvienta de la casa, fue invitada al paseo. Silenciosa por naturaleza, tímida y retraída habitualmente, sin juguetes, sin nada que le hiciese alegre su vida de ocho años, la niña aceptó gozosa.

El sitio era maravilloso: el sol de la tarde doraba las pequeñas colinas del valle y hacía brillar el verde de la vegetación; el río bajaba lento y aparentemente manso, los pescadores tiraban sus anzuelos y muchos salían con peces grandes o chicos, aún agitándose en el aire; el tren se oía pitar desde lejos, luego pasaba raudo y la gente decía "adiós" con las manos que salían de las ventanillas; grandes vacadas se recogían a la sombra de los gigantescos samanes; las garzas y los coclíes pasaban en bandadas numerosas; los loros volaban bajo, chillando y gritando con estrépito, en busca de los maizales vecinos; en el cielo no había una nube, porque estaba perfectamente azul...

La cometa de Juan subía, bajaba, volvía a subir un poco, cabeceaba, volvía a subir más, bajaba de nuevo, bajaba más, casi a ras del suelo, volvía a subir, se elevaba más, mucho más, volvía a bajar, otra vez cabeceaba varias veces, volvía a bajar y se elevaba otra vez, manejada por las manos pequeñas pero celosamente cuidadosas del niño.

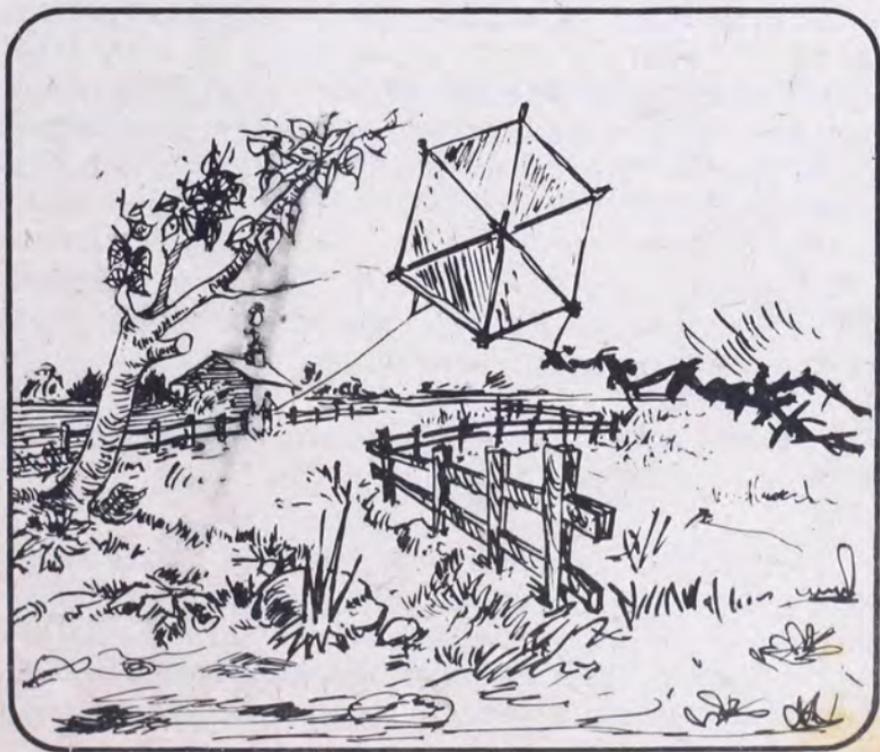
La negrita se había sentado en el suelo, sin emoción alguna, y se limitaba a ver, callada y

triste, los ires y venires de la cometa roja... No corría por el prado, no intentaba jugar, ni gritar, ni siquiera moverse del punto donde parecía que la hubiesen clavado.

La madre dijo al niño:

- Como ya tú aprendiste, ¿Quieres enseñar a Alba Inés a elevar tu cometa?...

Con cierto recelo, no disimulado, el niño miró a la niña y luego a su cometa. Asintió finalmente, con la cabeza, mientras decía:



- Ven, te enseño, pues... pero vas a tener mucho cuidado, porque hay ratos en que tira mucho...

La muchachita, ahora sí, plena de alegría, que se veía en sus ojitos negros, aprendió pronto a manejar la cometa, pero vigilada de cerca por Juan.

- Ya es hora de irnos, dijo la madre...

Y como la negrita mirase insistentemente la cometa, el niño le dijo:

- Tómala, elévala, por última vez...

La niña tomó el cordel y lo fue soltando poco a poco... la cometa se iba elevando y el muchacho no se separaba de la niña. Miraba simultáneamente sus manos, la cometa y de vez en cuando se fijaba en el rostro moreno oscuro. Nunca antes la había visto sonreír...

De pronto sus hermanas lo llamaron a gritos para que viese un pez descomunal que habían acabado de sacar algunos pescadores.

El niño corrió y olvidó momentáneamente su cometa.

Esta se elevó rápidamente, con una fuerte ráfaga de viento y sin que la niña pudiera evitarlo se enredó en los hilos altísimos del alumbrado eléctrico... Cuando Juan regresó, rápidamente tomó el cordel y trató de ensayar a desenredarla, pero todo fue inútil.

La cometa cabeceaba entre los hilos, como si alguien la hubiese amarrado a ellos.

- ¿Y qué hiciste?, le dijo el niño.
- Le solté toda la cuerda, contestó la niña, cuyas lágrimas se veían ya asomar a los ojos.
- Es que no se podía... no se podía soltar toda la cuerda.... dijo el niño, lleno de angustia y mirando su cometa que cabeceaba en la altura.
- En la vida, dijo la madre, los hijos son como cometas... los padres los van llevando de la cuerda y la van soltando poco a poco... no la pueden soltar del todo...

Esa tarde, de regreso a casa, el niño llevaba oprimido el corazón... por la noche soñó que la lluvia había destrozado su cometa roja y que solamente algunas tiras de la cola de colores se balanceaban con el viento en la hacienda de "Palo blanco".

+++

El agua

En tu cuaderno de tareas escribiste hoy: "El agua puede presentarse en tres estados, sólido, líquido y gaseoso. Dibujaste un paisaje con un mar azul, surcado de barcos, unas nubes grandes con gaviotas y a la orilla la casita de un pescador.

Tu dibujo me pareció muy bello. Es muy importante que los niños dibujen y que lo hagan tan bien como tú.

En cuanto al agua, podríamos hablar mucho de ella, de su belleza y de su utilidad en el mundo.

Sólida se vuelve nieve y granizo. Tú aún no conoces la nieve porque en nuestro país no se dan las estaciones. Dicen que es muy bella y que cae en pequeños copitos blancos que juegan con el viento. Cuando hay nieve, los niños salen muy abrigados y hacen bolas y muñecos para jugar. La nieve cubre los campos, los techos de las casas y las ramas de los árboles; tapa con un manto blanco las calles y los caminos... Por el frío excesivo, el agua también se solidifica en lagos y ríos y aún en mares de los climas árticos, es decir, junto a los polos.

En cuanto al granizo, escucha esta conversación:

Dice la rosa:

- Qué lindo día. Mis pétalos rojos empiezan a abrirse y con el calor del sol acabo siendo, al mediodía, una flor adulta, bella, roja y perfumada... todos se fijarán en mi corola tersa y a todos atraerá mi aroma....

Dice el clavel:

- Desde ayer abrí todos mis pétalos, recibí los rayos del sol y por la noche me besó la luna... ahora pasará el jardinero; probablemente me cortará con sus tijeras negras y me llevará del jardín para exportarme a otros países... quizás para adornar una linda mesa... me encanta la idea de viajar en un avión blanco, sobre los mares y las ciudades.
- ¿Y no nos echarás de menos?, dijo la violeta que asomaba su cabecita perfumada por entre las hojas verdes.
- Claro que sí, los echaré de menos... dijo el clavel y su vocecita le tembló un poco... si toda mi vida la he pasado junto a ustedes, desde cuando era apenas una yemita verde...

Mientras las flores conversaban, el sol se había escondido y unos negros nubarrones presagiaban tormenta.

De pronto, el estrépito de un trueno largo y prolongado hizo estremecer el jardín... gotas grandes

de lluvia empezaron a caer desde lo alto y las flores empezaron a sentir miedo... el viento soplaba fuertemente y no cabía duda de que la tormenta iba a ser recia.

La rosa dijo:

- Tengo miedo... si hay tempestad no llegaré hasta el mediodía, y mis pétalos no acabarán de mostrar toda su belleza.

Dijo el clavel:

- Hace mucho frío, las gotas que me están mojando son casi heladas... y si no me equivoco, empieza a caer granizo... sí, miren cómo caen los granitos... ya me han golpeado dos... creo que debo olvidarme del avión y de mi viaje... nos espera la muerte si no pasa pronto la tormenta.

Entre tanto, la tempestad se había desatado del todo... fuertes ráfagas de viento doblaban todos los tallos, los hacían inclinar hasta el suelo y el granizo empezaba a despedazar corolas.

Llovió mucho rato, se formaron verdaderas corrientes de agua por el jardín y cuando todo pasó y volvió a aparecer el sol, una vocecita suave dijo a la violeta:

- Ya puedes volver a asomarte... ya pasó la granizada... mira qué desastre en el jardín... Era un grillito que se había aferrado con todas sus fuerzas a una hoja grande.

La violeta levantó la diminuta cabeza y soltó algunas lagrimitas de pesar... de sus amigos, la rosa y el clavel, no quedaban sino pétalos embarrados en el suelo y tallos aún temblorosos.

+++

Las palomas del parque

El parque es amplio, antiguo y hermoso. En el centro tiene la estatua de Bolívar, sobre un montículo de césped. Le rodean seis palmeras, dos samanes y cuatro ceibas... La estatua, como los árboles, es muy vieja. Es de bronce y a su alrededor hay pequeños bancos de cemento donde se sientan los niños, los enamorados y los ancianos. Como tiene 109 años, la estatua sabe muchas historias porque ha oído incontables conversaciones. También ella conversa, a su manera, con las ramas que la acarician de vez en cuando, con el sol y la lluvia, con los mendigos y con las palomas.

El viento le hace, en ocasiones, jugarretas pesadas y si no fuera porque el pedestal es muy firme y ella se aferra fuertemente, ya la habría derribado varias veces. Pero la estatua sabe perfectamente que el viento tiene que soplar de distintas maneras y no se incomoda con sus bromas.

La lluvia es amiga de bañarla de la cabeza a los pies y la estatua le agradece, porque le encanta que su superficie de bronce luzca siempre impecable, pero en ocasiones estos baños son muy fre-

cuentas y resultan muy largos... Tiene que venir luego el sol a calentarla un poco y a darle brillo con sus rayos dorados.

La amistad con la luna es apacible, serena sigilosa y se efectúa en el silencio de la noche, cuando todos duermen. Las estrellas son más comunicativas: le cuentan qué pasa en otros mundos, qué es de los marineros que van en alta mar, de los caminantes que transitan caminos largos, de los niños enfermos que lloran a medianoche y de las madres que dan el primer beso a sus bebés, que acaban de nacer.

Las ramas de los samanes le cuentan del trabajo duro de las raíces para fabricar jugos en la oscuridad de la tierra, de las flores para tejer sus corolas tersas, de las hojas para vestir el árbol de verde, regalar oxígeno al aire y purificar el ambiente.

Los mendigos, que son muchos en la ciudad, le cuentan sus penas y miserias y se duermen, recostados a su base, esperando amaneceres nuevos. Los enamorados le cuentan sus proyectos, tomados de las manos, y la ponen de testigo de su amor eterno.

Pero en verdad, con quien más gusta de conversar la estatua, es con las palomas.

- Señora Broncínea, ¿cómo está usted?
- Un poco fría, Mary Paloma... La noche fue helada y ayer recortaron las ramas de los

árboles... Además, llovió mucho. Afortunadamente ya va a salir el sol.

- ¿Y hubo estrellas?
- Ni estrellas ni luna. Ya te dije que al comienzo hubo lluvia y luego me invadieron las sombras.
- ¿Pero... durmió bien?
- No tanto. Cuando la noche está tan oscura siento un poco de miedo, un poco, nada más...
- ¿Y cómo le parece el nuevo día?
- Está muy claro, Mary Paloma. Hay mucha luz desde el amanecer y el cielo estuvo pintado de arboles azules y rojos. Ya recibí el saludo de los voceadores de la prensa.
- ¿Y con ellos pasó Martina Gutiérrez?, preguntó un poco tímida la paloma.
- Creo que no pasará más... Les oí decir ayer que la habían llevado al cementerio... Ahora seguirá pasando, cada mañana con su carga de diarios, Camilo, su hijito de siete años.
- Pero él no sabe aún gritar con fuerza, señora Broncínea, dijo, muy preocupada, Mary Paloma.
- Ya aprenderá, Mary... La mejor maestra es la necesidad y tú sabes que Camilo es el mayor y tiene dos hermanitos...

- Dicen que es un niño muy inteligente. Lástima que no pueda ir a la escuela.
- Más lástima me da, quién lo creyera, de esos niños que van a la escuela y no quieren estudiar... van a perder el tiempo...
- Mire, señora Broncínea, dice la palomita, picoteando delicadamente a la estatua... mire quién llega por la Avenida Quince. Por la bocacalle acababa de aparecer don Heliodoro.
- Es de unos setenta años, cabeza blanca, pantalones de dril azul, sombrero de paja con cinta negra, sandalias de cuero y lento andar. En la mano izquierda porta un cesto de mimbre. Se dirige a la catedral. En este momento el templo está muy solo.

Unas cuantas personas asisten a la misa del padre Betancur, párroco que hace diez y seis años la celebra a esta hora.

Don Heliodoro llega a la puerta del templo y se descubre con reverencia. Entra lentamente y se dirige hasta el fondo, al altar mayor. Se arrodilla y coloca junto a sí el cesto, se santigua varias veces y dobla la cabeza blanca. Cierre los ojos y ora brevemente... Se da luego unos cuantos golpes de pecho y, despacio, como entró, vuelve a salir del imponente templo.

- No bien ha pisado las primeras baldosas del atrio cuando de lo alto de las torres blancas

empiezan a desprenderse las palomas, en considerable número. Mientras él camina hacia el parque, ellas se van posando, justamente, bajo uno de los grandes samanes donde él coloca el cesto y empieza a silbar. Luego les dice:

- Tampoco acosen tanto... ¿así de hambreadas amanecieron?... esperen un poco, tragonas... ¿ya llegaron las de las ceibas?... Ustedes saben que esas son las más educadas... y va arrojando suavemente, granos de maíz a lado y lado. Hoy es maíz amarillo... es bueno cambiar... además, sepan de una vez que el blanco está muy caro... pero éste también es bueno... hay gente que dice que es de mejor sabor y más nutritivo... Y empieza a contar, moviendo levemente los labios y señalando con los dedos... ¿Dónde está Ramona? ¿Y Sofía?... ¿Y Clarita?... Estate quieta, Julieta, que siempre introduces el desorden... y tú, Juvenal, deja de reñir con todo el mundo... ¿y dónde anda Jesusito?... no le lastimen la patica enferma... déjenlo comer en calma... ¿Y los jóvenes del palomar verde?... ¡ah!... ya los veo... ¡es bueno que coman mucho para que crezcan fuertes!... y ustedes, las mamás, no se atraganten... hay maíz para llevar a los pequeños...
- Mary Paloma no había visto nunca este espectáculo presentado cada mañana, a las seis, por don Heliodoro y las palomas del parque.
- Por eso, asombrada, permaneció quieta, de pie sobre la estatua. Cada vez que don Heliodoro silbaba quería alzar el vuelo, pero le vino una idea:

- Si don Helio me conoce, como dice, me echa de menos y sale a buscarme... mientras tanto no iré, aunque me muera de hambre...
- ¿No vas a buscar tu comida?, dice la estatua... si te quedas ahí plantada, cualquiera acabará con tu ración y el día es muy largo.
- Prefiero verlas comer, aletear, saltar, correr y pelear, dijo Mary Paloma.
- ¿Cuántas son ahora?
- Cuarenta y tres, sin contar los pequeños que aún no salen del nido.
- Y cómo hace don Helio, pregunta, asombrada la estatua, ¿para conseguir diariamente tanto maíz?
- Usted sabe, señora Broncínea, que él no tiene a nadie en el mundo más que a nosotros... dicen que perdió a la esposa y a dos hijitas en un accidente cuando hace muchos años venían de un pueblo del sur, de donde es oriundo... desde entonces se dedicó a cuidar de mi familia, incluyendo muchas generaciones de abuelos y bisabuelos.
- Pero aún no te entiendo, Mary Paloma... yo pregunto, concretamente: ¿de dónde saca el dinero para comprar el maíz?... porque debe ser mucho cada día... Mira cómo tragan y tragan granos tus hermanas, tus padres, tus tíos,

tus hijos, tu familia entera... y señaló con una mano la bandada donde alas, patas y picos se movían sobre el pavimento resquebrajado del parque.

- ¿Y olvida usted, señora Broncínea que a él le pagan por barrer y cuidar el parque?
- Quieres decir, Mary Paloma, ¿qué su salario lo invierte en maíz, para ustedes?...
- Exactamente, señora Broncínea. Eso es lo que dije hace rato, contestó la paloma, muy ufana y moviendo orgullosamente su cabecita blanca.
- ¿A pago de qué?, preguntó, obstinada, la estatua.
- De eso, señora Broncínea... Mire usted...
- En este momento don Heliodoro parecía otra estatua viviente, clavada en el parque. Sobre su cabeza, en los hombros, en la espalda, en el pecho, en los brazos se habían posado varias palomas que le picoteaban el sombrero de paja y la camisa de popelina blanca.

Seguía conversando y regañando y ellas, con arrullos, le daban las gracias...

De pronto levantó los brazos. Las palomas volaron y él dijo:

- Miren quién anda en la estatua... Me provoca dejarla todo el día en ayunas... La calma volante que tiene un nombre: Mary Paloma...

Desde un comienzo la extrañé pero pensé que seguía durmiendo en el nido... es de las que menos acosan... pero ya esto es anormal y me va inquietando... Así que, permiso, señoritas, voy a ver qué le pasa a Marita... y se abrió campo por entre el mundo alado que le estorbaba los pasos mientras se dirigía, con el sombrero en la mano, hacia la estatua.

- Mary sintió una gran alegría en el corazón y dijo:
- Adiós, señora Broncínea... volveré luego... Voy a encontrarlo... Y con gracioso movimiento de cuerpo y de alas, se desprendió de la cabeza de la estatua y fue a saludar a don Helio, posándose sobre su cabeza blanca...

+++

Los abuelos

- ¿Por qué el abuelito camina tan despacio?, preguntó Luis Hernán a la mamá.
- Porque ha caminado mucho por la vida y se ha cansado un poco. Porque ha traicionado largos caminos y le duelen los pies y el corazón.
- ¿Y por qué su cabello es tan blanco?
- Porque el esfuerzo del trabajo le ha desteñido la cabeza y la lucha por la vida le ha dejado el cabello del color de la nieve.
- ¿Y por qué sabe tantas historias?
- Porque ha estado en el mundo ochenta años y cada día ha aprendido algo nuevo.
- ¿Y por qué la abuelita está casi ciega?
- Porque sus ojos, que fueron muy hermosos, se han ido gastando mientras cose, teje, lee, observa y mira diariamente las tristezas de la vida.

- ¿Y por qué su cara y sus manos tienen arrugas?
- Porque esas arrugas son la marca de los años. Ella ha vivido setenta y tres y la vida es bella pero exige sacrificios, renunciaciones y dolores.
- ¿Y por qué reza tanto?
- Porque siempre habló con Dios; toda su vida creyó y confió en El y ahora le ruega por sus hijos, por sus nietos, por ti, especialmente, para que seas bueno.
- ¿Y cuando muera qué vamos a hacer con su silla?
- La vamos a cubrir con un ropón blanco de encaje, y vamos a imaginarla sentada allí, cuidando de nosotros.
- ¿Y ella qué se hará?...
- Llegará al cielo y cada noche nos bendecirá, desde lo alto, y nos mirará a todos con cariño, desde una estrella azul.

+++

Betty, la niñera

En una casuchita a orillas del río Sonso y en una diminuta parcela cultivada de parrales, nació Betty. Su mundo fue, entonces, la casita blanca que la madre sabía mantener muy limpia, los sembrados y el río... amó con entrañable amor a sus padres y a sus nueve hermanos.

Desde pequeña aprendió a pescar y a nadar con perfección. Las aguas del río eran riquísimas en peces y como frecuentemente la alimentación escaseaba, todos pescaban, como lo hacía el padre antes de morir.

Bordeando la casita, que estaba prácticamente perdida entre el monte de una enorme hacienda, de propiedad de los señores Ortiz García, se alzaban caminitos de dalias, jazmines, margaritas, rosas y claveles. Frente al corredor de la casa, a pocos pasos, se abrían los sembrados, pequeña porción de parrales que en tiempo de cosecha dejaba caer sus racimos negros y sus racimos verdes por entre la reja de cañas con que eran protegidos.

Los cuatro hijos mayores, de quince, catorce, trece y doce años, todos varones, trabajaban para los dueños de la hacienda y con lo poco que ganaban ayudaban a la madre.

Pero la situación se fue haciendo cada día más dura. Los canastos con uvas, que antes se vendían con salir solamente a la carretera, ya no tenían demanda porque Sonso había dejado de ser fonda o estadero, y ya los vehículos pasaban de largo por el pequeño caserío.

- Betty, dijo un día la madre de regreso de la la ciudad:

En casa de don Horacio hay un nuevo niño. Dice la señora que si te quieres ir de niñera... que te dan la comida y te pagan treinta pesos cada mes...

- Claro, mamá, dijo la niña de once años y semblante moreno, lleno de bondad campesina: me dará mucho pesar dejarlos a ustedes, pero con ese dinero que me darán tú podrás comprar mucha comida para ti y para mis hermanos...

Y Betty llegó un día a la casa de los patronos... como niñera.

Esto no sería singular si no se tuviese en cuenta la edad ni la estatura de Betty. Siendo la quinta de su familia, de diez hermanos pobres, había crecido desnutrida, enfermiza, y su talla era la de una niña de ocho años... Por lo mismo, a los señores ricos y sus hijos, y aún más a los amigos y visitantes

de la casa, les causaba una impresión entre asustadiza y cómica el ver a la pequeña haciendo las veces de niñera de Alvarito, el penúltimo de los chicos, a quien confiaron del todo a sus cuidados.

La señora la conocía en sus visitas a la hacienda y sabía de su esmero con sus hermanitos menores, así que sin recelo le confiaron a Alvarito... La niñera lo hizo bien desde el comienzo y desde el principio se ganó el cariño de todos, sobre todo de Luz Elena, la mayor de las niñas, de noble corazón.

Luz Elena, a espaldas de su madre, ayudaba a Betty en sus oficios, le hacía pequeños obsequios, le contaba historias maravillosas de sus viajes y de sus amistades, y un día, viendo que la niña era muy inteligente, se dedicó a enseñarle las primeras letras.

Pronto la niñerita supo leer y escribir... pronto pudo escribir tiernas cartas para su mamá... y pronto pudo dedicarse en todo rato libre, a la lectura de interesantes libros que le prestaba la niña Luz Elena, como le decía Betty.

Al año siguiente fue matriculada en una escuela nocturna... y de año en año, trabajando fuertemente en el día y estudiando hasta altas horas de la noche, la diminuta niñera se graduó de maestra...

Fue entonces cuando Luz Elena, que en ese entonces era esposa del alcalde de la ciudad, le ofreció un puesto para un buen colegio.

Betty, que sabía que sus vecinos no tenían escuela, y que de sus nueve hermanos cinco eran analfabetos, pidió que la mandasen a su pobre caserío...

Fundó allí una escuela, volvió al río, ahora con sus discípulos, nadó y pescó en las aguas del río Sonso y pudo agrandar la parcela para sembrar parrales, rosas, dalias, margaritas y claveles.

+++

El caballo triste

Pedro Antonio Cuadrúpedo era un caballo triste.

Vivía en la hacienda de don Arturo Penagos, rico señor del suroeste antioqueño.

Pedro Antonio Cuadrúpedo, sin embargo, no fue siempre un caballo triste. Nació en las sabanas de "Santa Inés", la mejor de las haciendas de don Arturo y al lado de él y de sus trece hijos pasó una juventud arrogante y feliz, y una edad madura llena de actividad, de cuidados y de mimos.

Pero sucede que Pedro Antonio Cuadrúpedo había llegado a la vejez, y la vejez de todos es un poco triste.

Recostado su cuerpo largo, enjuto y desgarbado a las alambradas de la finca, no salía ya de Potrero Alto, que así se llamaba el que se extendía arriba de la quebrada "Aguas Claras" que partía en dos las tierras del señor Penagos; abajo, las tierras de cultivos, y arriba Potrero Alto, también surcado por corrientes menores.

Una tarde, de mucho sol, Pedro Antonio Cuadrúpedo, miraba la llanura con ojos turbios cuando acertó a pasar por allí un viejo amigo: el perro Canelo, quien al verlo le dijo:

- Hola, Pedro Antonio Cuadrúpedo, ¿por qué estás tan triste?

El caballo contestó, después de dar un largo bostezo y mirar a lo lejos:

- ¿Y cómo quieres que esté alegre? Mira adónde me han arrojado mis amos, a quienes tanto quiero, y quienes tanto mostraron quererme.

Como mis dientes están flojos y enfermos, no puedo cortar la hierba de la llanura y me han sacado de la cuadra, por estimar que mi sitio debe ser ocupado por otros caballos jóvenes.

Cuando les veo pasar llevando en sus lomos a la familia de mi amo, y cuando al pasar no tienen para mí un saludo ni una mirada, me dan ganas de llorar, ganas de morirme... y Pedro Antonio Cuadrúpedo volvió a bostezar y después de sacudir la crin escasa continuó:

- Mira cómo han quedado mis patas de tanto trabajar. Están llenas de tumores y nadie hace nada por ellas.
- Pero, ¿dónde duermes?
- A la intemperie, cosa que nunca me había tocado, porque tú mismo oíste a mi amo decir

que los caballos finos no podíamos dormir a la intemperie. No imaginas cómo cae la lluvia sobre mis huesos y cómo me atormenta el frío. Además, como estoy cojo, no puedo ya correr.

- Camino con gran dificultad y por eso cuando el sol me acosa, no puedo ir a buscar la sombra de los árboles, mis viejos amigos. En este momento creo que me voy a calcinar; mira cómo está de lejos el matorral... me faltan fuerzas para llegar a él. Hoy no he pasado bocado.

- De verdad que es dura tu situación, Pedro Antonio, dijo Canelo, mientras le acariciaba con la cola la cara huesuda y rucia. Y no te prometo hacer nada, porque los hombres, tú lo sabes, no nos entienden... ojalá Alicita, la hija menor del patrono pasara por aquí. Ella sí haría algo por ti... Y un poco pensativo, se marchó Canelo. ¿Igual suerte le tocaría a él?

+++

Acción Cultural Popular: un ideal hecho
servicio, 30 años de fe en el pueblo colom-
biano.

Biblioteca del Campesino

LIBROS EN CIRCULACION

- | | |
|---------------------------------|-----------------------------|
| Avicultura | Juegos y diversiones |
| Cantemos con el tiple | La madre y el niño |
| Cantemos con la guitarra | La vaca del campesino |
| Carnes y huevos | Las abejas |
| Conejos y curfés | Las respuestas de mamá |
| Cooperativa de ahorro y crédito | Los cerdos |
| Cuadros campesinos | Los derechos del ciudadano |
| Cuentos infantiles | Maravillas del mundo animal |
| Cultivo de frutales | Modistería |
| Despierta campesino | Múltiples usos de la madera |
| Dulces, pasteles y postres | Nuestro precursor |
| El café | Ovejas y cabras |
| El Evangelio de San Lucas | Piscicultura y pesca |
| El Evangelio de San Mateo | Primeros auxilios |
| El ganado de carne | Producir y ganar |
| El mundo vegetal | ¡Qué bueno ser colombiano! |
| El perro | Sexo y matrimonio |
| Enfermedades comunicables | Tierra fértil |
| Geometría y agrimensura | Un lugar para mi hijo |
| | Verduras y frutas |

EDITORIA DOSMIL

Carrera 39 A No. 15-11 – Bogotá – Colombia

LA POTENCIA DEL PUEBLO COLOMBIANO



radio sutatenza

Bogotá: 810 kHz

Medellín: 590 kHz

Cali: 700 kHz

Magangué: 960 kHz

Barranquilla: 1010 kHz